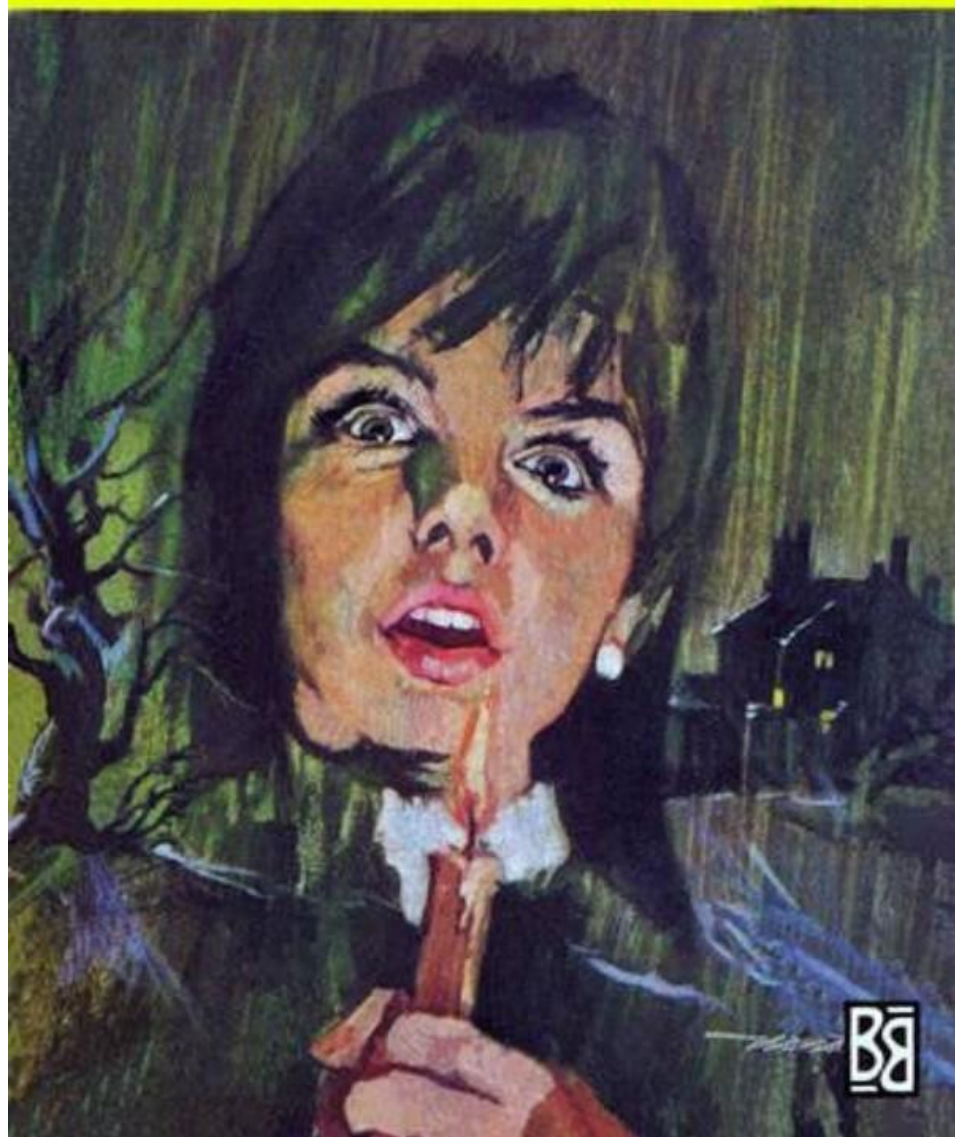


PUNTO
ROJO

el templo de los antepasados

silver kane



B&B

EL TEMPLO DE LOS ANTEPASADOS



SILVER KANE

**EL TEMPLO
DE LOS
ANTEPASADOS**

Colección PUNTO ROJO n.º 189

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTÁ
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 27.473-1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: diciembre 1965

© SILVER KANE - 1965

sobre el texto literario

© JORGE NUÑEZ - 1965

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 7.330/65

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

934. — La lejana voz del “Colt”.

En Colección SERVICIO SECRETO:

799. — El séptimo infierno.

En Colección SALVAJE TEXAS:

451. — La viuda de Satanás.

En Colección KANSAS:

336. — Los diablos nunca mueren.

En Colección BÚFALO:

624. — Los ojos del buitre.

En Colección ASES DEL OESTE:

338. — Llegó para matar.

En Colección PUNTO ROJO:

181. — Cita en el más allá.

En Colección METRALLA:

49. — ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO

143. — El hotel de Las Brumas.

En Colección BRAVO OESTE:

220. — El jinete de Nebraska.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

84. — Las zarpas de la noche.

En Colección COLORADO:

409. — Los caballistas.

En Colección CALIFORNIA:

459. — Vendo mi cadáver.

UNO

"...Y las brujas eran quemadas en la plaza pública, en presencia de toda la ciudad. Y había gentes que se congregaban en la plaza desde diez o doce horas antes de empezar el suplicio. Y cuando las llamas prendían en el cuerpo de la víctima, los alaridos y las amenazas de esta se esparcían por el aire... Y el olor a carne quemada hacía que muchas mujeres se desmayasen, mientras otras, presas de una especie de histerismo negro, lanzaban aullidos inhumanos, se revolcaban por el pavimento y conseguían que las pocas personas sensatas se apartasen de ellas, sobrecogidas por una especie de secreto horror..."

Nat dejó el libro sobre la mesa.

Se titulaba "Historia de la brujería en el Noroeste", y había sido escrito muchos años antes. Sus páginas reflejaban con precisa fidelidad los juicios y ejecuciones por causa de brujería que habían tenido lugar, mucho antes de la Independencia, en la región noroeste, especialmente en el Estado de Massachusetts.

Los ojos de Nat vagaron por la estancia.

¡Cómo habían cambiado las cosas desde entonces! Aunque, si bien se miraba, ¡qué poco habían cambiado en realidad!

La gente aún era supersticiosa. Aún se realizaban ejecuciones inhumanas en muchas partes. Aún flotaban sobre la Humanidad el misterio, el histerismo, el crimen, las premoniciones del Más Allá.

Nat se puso en pie.

Bueno, de todos modos, aquello no era más que una vieja historia.

Todo lo relativo a brujas, a hogueras, a relaciones sobrenaturales, había terminado.

Sacó de un cajón de su mesa la pistola, que nunca llevaba colgada en la funda axilar durante las horas de trabajo.

Guardó el libro.

Se puso la americana y reparó entonces en la taza de café, aún caliente, que poco antes le había dejado sobre la mesa el respetuoso agente Patterson.

El sargento de detectives Cleareng gruñó:

—¿Poco trabajo en tu sección, eh?

—Sí, muy poco. Está resultando una noche muy tranquila.

—Te he visto leer una novela.

—No era una novela. Era un libro de historia.

—¿Historia de qué? ¿De las casas de citas clandestinas que hay en Nueva York?

Nat terminó de abrocharse la americana.

—No seas bestia, Cleareng. Este libro me lo ha dejado mi madre.

Y salió.

Tenía, efectivamente, muy poco trabajo en el Precinto a aquella hora. Cosa extraña, porque últimamente los policías tenían que bailar como malditos día y noche por las calles de Nueva York. Cada vez más delincuentes, sobre todo jóvenes, cada vez más inadaptados sociales, cada vez más músicos melencólicos y cada vez más tíos bestias que, para divertirse, apedreaban un escaparate o volcaban un camión, siempre de forma que algún transeúnte despistado quedara berreando debajo de la cabina.

Pero él, Nat, no podía quejarse al menos esta noche.

El Precinto de Policía estaba tranquilo.

Podía permitirse el lujo de dar un breve paseo y tomar un whisky en el bar de Hobbes, que estaba a poca distancia. Los del Precinto ya sabían que, si ocurría algo raro, lo encontrarían allí.

Fue al bar de Hobbes, se sentó, puso ambos pies sobre una mesa, echó la cabeza para atrás y pensó que, al fin y al cabo, la vida no estaba tan mal como la gente decía.

Hobbes se acercó.

—Hola, polizonte.

—Un whisky. Pero del bueno, del que tú fabricas.

—Tendrás que esperarte. Mis hijos aún no han hecho pipí.

—Pues mételes prisa.

Hobbes se alejó, y en aquel momento, al volver la cabeza, Nat vio al hombre que estaba al lado de su mesa.

No le había visto nunca por allí. Era la primera vez.

Y la presencia de aquel tipo en el bar de Hobbes no hubiera tenido nada de extraña si a Nat no le hubiera recordado enseguida otra cosa mucho más inquietante: la presencia de la muerte.

* * *

Nat encendió un cigarrillo y así tuvo pretexto para girar la cabeza y ver a aquel tipo mejor.

En sí no tenía nada de especial.

Era un hombre de media edad, vestido con cierta elegancia, ya pasada de moda, con aspecto distinguido, cabellos negros con alguna hebra blanca y ojos vacíos que no miraban a ninguna parte.

Sin embargo esos ojos veían. Veían algo que no estaba allí, que se encontraba más allá del bar de Hobbes, más allá del mundo, más allá de la vida.

Y el hombre estaba asustado ante lo que veía.

Era como si se encontrara sumido en un mundo de silencioso horror, un mundo donde no pudiese acompañarle nadie.

Fue eso lo que llamó la atención de Nat, y fue eso lo que le hizo preguntar, en voz baja, cuando poco después se acercó Hobbes con una botella a punto de descorchar:

—¿Quién es?

—No lo sé, no lo había visto nunca.

—Pues no queda bien en tu establecimiento. Resulta muy distinto de la clientela que suele venir aquí.

Hobbes sirvió el whisky, mientras se inclinaba un poco más sobre el policía.

—Cierto, polizonte. Mi casa es más bien alegre. Por aquí solo se dejan caer policías gandules como tú, algún artista sin trabajo, alguna chica que busca ganarse veinte dólares sin demasiadas complicaciones y, de vez en cuando, los malditos inspectores del Tesoro. Pero fulanos como ese, que parecen estar viendo un planeta negro, lleno de horrores, no los había visto por aquí nunca. Nunca.

No se acordó de frenar a tiempo, con la conversación, y puso bastante más whisky del que correspondía.

—Contigo pierdo dinero —juró—. Pierdo dinero. Por estas.

Se alejó y Nat volvió a concentrar su atención en el desconocido.

Probablemente no se hubiera fijado en él, caso de tener algo importante que hacer, pero ahora, en aquella quietud, le llamaba la

atención cada vez más poderosamente.

Bebió un trago, y vio que el desconocido sacaba un periódico. Lo abrió por la página donde se detallaban las carreras de caballos de la mañana siguiente.

“Un jugador —pensó Nat—. A veces esa gente apuesta y pierde dinero que no es suyo. No me extraña que tenga esa cara de muerto...”

Vio que el desconocido apuntaba unos datos al lado de las columnas donde constaban los caballos y sus turnos de carrera.

Nat, movido por la curiosidad, se puso en pie.

Bebió durante un rato en silencio, al lado del individuo, mientras lo miraba fijamente.

El otro se dio cuenta al fin de la observación de que era objeto. Levantó la cabeza y trató de sonreír.

Tenía una sonrisa que quería ser amable, pero que resultaba cansada y triste.

—Perdone —dijo Nat—. Quizá le he molestado al observarle.

—No, nada de eso.

—Yo también soy algo aficionado a los caballos —mintió—. Por eso me fijaba.

Se sentó a la mesa del otro, aprovechando su acogedora sonrisa. Su curiosidad, sin que supiera por qué, era cada vez mayor. El desconocido, por su parte, parecía más tranquilo al tener a alguien con quien hablar.

Sin embargo, su primera declaración fue sorprendente.

—Yo odio las carreras de caballos —dijo.

—¿Usted... las odia?

—Sí. No es justo que se deje reventado a un animal en una carrera al límite de sus fuerzas, solo para que la gente gane y pierda dinero con ello.

Nat le miró perplejo.

—Pero esos animales llevan un peso ligero, que es un jockey muy bien entrenado, y además se les cuida especialmente para... ¡Mil diablos! Pero oiga... si usted odia las carreras de caballos, ¿por qué apuesta?

—Yo no apuesto.

—¿Qué es eso?

—Me limito adiestrarme, como si resolviera un crucigrama. Para

pasar el rato, apunto aquí los que ganarán mañana.

Nat dijo:

—Ah, sí...

Pero de pronto por poco escupe en forma de surtidor todo el whisky que llevaba en la boca.

—¿Qué dice?

—Me ha entendido bien. Apunto a los que van a ganar mañana.

—Pero... Bueno, mañana es un día que aún no ha llegado.

El otro le miró con cara de pasmo.

—Cierto. ¿Quién discute eso?

—Es que... —Nat necesitó beber todo su whisky de golpe—. Es que usted no puede saber quiénes serán los ganadores de unas carreras que aún no se han celebrado.

El otro se encogió de hombros.

Parecía bastante desinteresado de las reacciones de Nat, como si el asombro que había causado en el joven le tuviera absolutamente sin cuidado.

Evidentemente no era un tramposo que quería impresionar a la gente para arrancarle apuestas. No. Había dejado el periódico a un lado y ya no parecía preocuparse de él.

—Uno ha de ocupar el tiempo en algo —dijo.

Y se puso en pie.

—Oiga...

—Buenas noches, señor.

Nuevamente tenía su aspecto de alucinado, aquel extraño aspecto que tanto inquietó a Nat y que poco antes, durante la conversación, había perdido en parte. Ahora volvía a ser una especie de fantasma que flotaba entre las sombras. Antes de que el policía pudiera darse cuenta exacta de lo que sucedía, el otro había desaparecido.

El periódico con las anotaciones estaba sobre la mesa.

Nat, malhumorado, estuvo a punto de dejarlo, pero al fin lo dobló y lo introdujo en uno de sus bolsillos. Volvió al Precinto media hora más tarde y se encontró con un aluvión de trabajo. Las patrullas habían traído más detenidos que nunca.

Hasta las dos de la madrugada no hubo un poco de calma, y Nat pudo entonces regresar a su domicilio. Vivía en la calle Cincuenta y Tres Oeste, entre las Avenidas Séptima y Octava. Su apartamento

era feo, sórdido, aburrido y estaba vacío siempre.

Ni una mujer. Ni un liguero olvidado encima de una butaca. Ni un marido burlado espiando por la cerradura. Nada. Un asco.

El joven se desnudó, se dio una ducha y no tardó en acostarse y dormirse. No volvió a pensar en el periódico hasta el día siguiente.

Hasta que vio que todos los caballos señalados acababan de ganar. Todos absolutamente.

DOS

FUE la primera vez en su vida que Nat atrapó una borrachera.

Siempre bebía muy moderadamente, pero aquella vez, solo de pensar que, con un poco de suerte, se le pudo haber ocurrido hacer a él aquellas apuestas, se ponía enfermo. Pudo haber ganado miles... ¡quizá centenares de miles de dólares! No había sido una carrera, sino todas. Su cerebro y su imaginación se resistían a calcular lo que pudo haber ganado solo con una tanda de apuestas de aquella clase.

Porque además resultaba que casi ningún caballo de los ganadores era el favorito. Las apuestas se habían pagado siete u ocho veces más de lo que era normal. ¡Y aquel extraño tipo tuvo en su mano la asombrosa premonición y no hizo nada! ¡Aquel raro individuo se limitó a apuntar las apuestas en un periódico, como si no valieran nada, y luego se olvidó del periódico incluso!

Nat sentía vértigo.

Por primera vez en su vida fue un mal policía, un tipo de esos que olvidan los papeles, que enfundan la pistola al revés, que mezclan las fichas de los sospechosos y que, cuando tienen que telefonar a una patrulla para que busque a un loco, llaman al domicilio de su jefe.

Y hubieran ocurrido cosas más graves si, tres días después, no llega a encontrar de nuevo a aquel tipo.

Iba vestido como antes, pero parecía más triste que nunca. Si el primer día hizo pensar en la muerte, ahora hacía pensar en algo peor, en un enterrado vivo. Tenía también un periódico en la mano, pero esta vez no lo había abierto por la página de apuestas.

Lo había abierto por la página de esquelas mortuorias.

Nat se acercó a él, se sentó ante su mesa, ya sin pedir permiso, y le miró atentamente.

Los párpados del joven policía temblaban.

Seguía sintiendo vértigo.

—La otra noche —susurró— se dejó usted el periódico olvidado en la mesa, y yo lo recogí.

—¿Sí? —preguntó el otro, sin interés.

—En ese periódico hubo algo que me llamó la atención poderosamente.

—Es extraño... ¿Estaba mal impreso tal vez? ¿Tenía errores? Hoy en día los periodistas se equivocan mucho.

—Mire, amigo, no demos vueltas a la cuestión. Ignoro qué importancia tiene para usted el asunto, e incluso no sé si llegó a darse cuenta de lo sucedido. Pero adivinó todos los caballos ganadores de las carreras del día siguiente. Absolutamente todos.

El hombre no se inmutó. No hubo en su rostro ni un parpadeo, ni el levísimo insinuarse de una sonrisa.

Era como si le hubieran hablado del tiempo que hacía en la isla de Ceylán, en aquellos momentos.

Solo por educación preguntó:

—¿Los adiviné?

—Sí.

—¿Todos?

—Todos.

El hombre hizo un gesto de desaliento.

—Bueno, así el juego no tiene emoción. Resulta mucho menos divertido.

Nat tragó saliva. Sentía un bulto en la garganta.

—Oiga, amigo.

—¿Qué?

—¿Cómo adiviné eso?

—Yo no adiviné nada. Yo lo sabía.

—¿Sabía el qué?

—El que iba a ganar. Por eso puse una señal junto a los nombres.

El extraño tipo seguía hablando con la misma expresión lejana, impersonal que si comentara un suceso aburrido y sin importancia. Nat sentía, mientras tanto, que el bulto en su garganta se iba haciendo cada vez más grande, más duro.

—He hablado con un profesor de Matemáticas —dijo—. Uno de

esos que calculan basándose en la ley de probabilidades. Los que trabajan para las Compañías de Seguros y pronostican cuántos accidentes habrá este año, y cuántas personas morirán del cáncer, y todo eso.

—¿Tanto le intrigó esa tontería de las apuestas? De verdad siento haberle molestado.

—No me ha intrigado; me ha preocupado, que es distinto. Y para que no interprete mal mi interés, le diré una cosa. Soy uno de esos marranos inútiles que trabajan en la Brigada Criminal. Vivo de chupar la sangre al contribuyente. Los asesinos vienen a mi mesa, se hacen pipí en el tinero y luego se me escapan. Todo lo malo del mundo se puede decir de mí, pero no que yo viva de las apuestas. Lo que me impulsa a preguntarle es un interés puramente científico, de modo que no desconfíe. ¡Mil rayos! ¿Sabe lo que me dijo aquel matemático? Que la probabilidad de que sucediera lo que usted adivinó era de uno partido por no sé cuántos millones. ¡Y usted lo apuntó tan tranquilamente, como el que sueña! ¿En qué clase de mundo vive? ¿Cómo pudo hacerlo?

El otro no le miraba.

Seguía con la mirada perdida en un universo lejano, negro, donde estaba él solo, desesperadamente solo, ante mil imágenes de horror.

Era como si el miedo le atravesara la garganta, le punzara la piel, pero el hombre seguía sin moverse.

—No sabía —musitó al fin—. No costaba nada escribir aquello. Yo lo sabía bien.

Y, con su lápiz, dibujó algo sobre una de las esquelas de la página del periódico.

Era como si la recuadrara de nuevo. Luego bajó el lápiz. Empezó a cambiar el nombre.

Donde decía: “Daniel Campbell”, él escribió en letra grande y segura: “Preston Burgess”.

Luego cambió la fecha, que era la del día antes.

¡Y puso la del día siguiente, la del día que aún tenía que empezar!

Parecía como si estuviera sumido en un sueño. No miraba a ninguna parte, no hablaba, diríase que ni respiraba tan siquiera.

Al fin se levantó, dobló el periódico y se lo guardó en el bolsillo,

ante los asombrados ojos de Nat. Esta vez no se lo olvidó. Salió como un fantasma, dejando al policía con la boca abierta.

Pero mucho más abrió Nat la boca al día siguiente. Y no solo a causa del asombro, sino también porque hubiera tenido ganas de lanzar un grito de horror.

El periódico del día siguiente publicaba una esquila, casi exactamente en el sitio donde la encuadró el desconocido.

Y el nombre del muerto era un nombre que Nat no olvidaría jamás: Preston Burgess.

¡El mismo que, la noche anterior, el desconocido había escrito!

TRES

EL forense tenía la misma cara que sus “clientes” habituales. Parecía como si llevara desenterrado quince días, poco más o menos.

Se frotó las manos, después de secárselas en el secador de aire, y preguntó:

—¿A qué viene todo esto, Conan? Es otro grupo de la Brigada el que investiga, no el suyo. Me extraña que quiera buscarse trabajo gratis. Me extraña más aún que tenga alguna clase de interés por este muerto, si no lo conocía.

—No lo había visto en mi vida.

El forense se encogió de hombros.

—Bueno, pues mírelo ahora.

Alzó la sábana de un modo brusco y seco. Nat volvió la cabeza y entonces vio a Preston Burgess.

A la primera ojeada no encontró en él nada de particular. Era un tipo como tantos otros, como los que uno encuentra haciendo cola en las taquillas del cine, o mirando disimuladamente a nuestra novia, o pisándonos un callo al subir al autobús.

Era un tipo que no hubiera llamado la atención en ninguna calle de Nueva York, y que aparentaba tener unos cuarenta años. No era posible saber en aquellos momentos cómo había ido vestido en vida, si había sido elegante o un pordiosero. El forense lo había hecho desnudar para la autopsia. Los tajos brutales hechos por su bisturí, al abrir aquel cuerpo, aún no habían sido cosidos.

—¿Qué le parece?

Nat susurró:

—Un hombre como tantos otros. ¿De qué ha muerto?

—Asesinato.

—Lo supongo. ¿Pero de qué clase?

—Una puñalada en el corazón, dada por la espalda y con una precisión extraordinaria. Mire, la trayectoria del acero parece haber sido trazada con un tiralíneas. Si examinamos a la altura del tercer espacio intercostal y profundizamos hacia...

—No quiero estudiar anatomía, doctor. Dígame solamente si ha averiguado algo.

—Nada por el momento, aparte los detalles rutinarios, como hora de la muerte, clase de arma empleada, etcétera. Más adelante podré trazar un croquis para la Brigada de Homicidios, con la trayectoria exacta del acero, posición de la víctima al caer, estatura aproximada del asesino y posición en que se encontraba... Bueno, les daré el caso resuelto, solo para que ustedes puedan justificar su sueldo. Mire, justamente ahí viene Spott.

El teniente Spott debía ser el encargado del caso, a juzgar por su actitud. Miró el cadáver de Burgess como si fuera cosa suya y estuviese dispuesto a llevárselo a casa.

—¿Qué haces aquí, Nat?

—Estaba interesado por este crimen.

—¿Conocías al fiambre?

—Lo he visto ahora por primera vez.

—Pero acaso conocerías a su mujer, ¿eh, granuja?

—Solo conozco al hombre que anunció su muerte.

Siempre se ha dicho que lo que caracteriza a un policía es su falta de imaginación. Si Spott llega a ser un tipo con una pizca así de fantasía, la frase del joven le hubiera hecho saltar. Pero Spott solo tenía fantasía cuando pensaba en las combinaciones de ropa interior para señora. Lanzó un gruñido, miró al joven como si estuviera loco y luego se puso a dar vueltas en torno a la mesa de mármol, contemplando al cadáver igual que si fuese a hacerle una foto de bodas.

—Bueno —dijo al fin—, ya veo que has venido a reírte. Pero si te interesa este fiambre te daré algunos datos acerca de él. Se llamaba Presten Burgess, era tallista en mármol y vivía solo. No estaba casado, ni tenía líos, ni tenía amigos, ni enemigos, ni deudas, ni trampas en el contador de la luz, ni agujeros en la camiseta. Su vida, de tan metódica y tranquila, daba asco. He investigado en los lugares que frecuentaba, porque ya sabes que las vidas de esos tipos solitarios ofrecen sorpresas —encendió un cigarrillo y continuó—:

Esos tipos solitarios van adquiriendo con los años vicios inconfesables. Unos procuran seducir a niñas incautas, otros se emborrachan todos los fines de semana y otros se vuelven homosexuales. Yo siempre reniego del matrimonio, pero la verdad es que no quisiera estar solo a partir de los cuarenta años. Los tipos de esa clase acaban creándose extraños enemigos que un día los acribillan en una callejuela. Pero con este, con Preston Burgess, no ha ocurrido nada. No he visto a nadie tan tranquilo como este fulano era en vida. Pertenecía al Ejército de Salvación. Después de su trabajo, se iba al centro de reunión a cantar salmos y a entonar celestiales alabanzas. No he podido averiguar su religión, pero era, desde luego, un tipo piadoso. Nada que hiciera sospechar este fin. ¡Imagínate! ¡Después de pasar el día labrando mármoles para lápidas, se iba a cantar salmos!

Nat tragó saliva.

—¿Lápidas? ¿Lápidas... para tumbas?

—Claro...

—O sea que este era un tipo que, de un modo u otro, se pasaba casi toda la vida en contacto con el Más Allá...

—Según como lo mires, así era.

—Resulta extraño...

—¿Por qué?

—No sé, no sabría explicarlo.

Spott se encogió de hombros.

—De todos modos estoy seguro de que, en cuanto ahondemos, encontraremos en la vida de este hombre alguna historia sucia. Siempre pasa igual. No se mata a la gente por nada. Oye, ¿qué te pasa?

—¿Dónde trabajaba ese hombre?

Spott consultó unas notas.

—Tenía un pequeño taller propio. Número doscientos treinta y seis de la calle Ochenta y Uno Oeste. Un sitio muy pequeño, sin pretensiones. Pero nada de deudas.

—Comprendo.

Nat salió.

Antes de abandonar la sala de autopsias aún oyó a Spott que le gritaba:

—Oye, ya me has dicho que no conocías a su mujer porque no la

tenía. Pero, ¿y a alguna hermanita?

Nat dijo a voz en grito que solamente conocía a la suegra del fiambre. Y se largó.

* * *

Hacia el número Doscientos Treinta y Seis de la Calle Ochenta y Uno Oeste había un aparcamiento ruinoso para coches más ruinosos todavía. Gente que solo sacaba su cacharro los domingos lo solía dejar allí el resto de la semana por un precio módico. Otros, a tarifa normal, mucho más elevada, dejaban allí sus coches durante las horas laborables, pero eran pocos. El aparcamiento lo vigilaba casi siempre un negro que se pasaba el día leyendo revistas con fotografías de chicas blancas. Fue él quien indicó a Nat que más allá había existido un taller de lápidas.

—Pero ahora está cerrado. No sé qué oí decir que el dueño se había largado con una artista de cabaret.

Nat le largó medio dólar.

—¿Qué sabía de él?

—Nada. Solo que se llamaba Burgess.

Nat le largó un dólar.

—¿Algo más?

—Que era muy solitario, muy maniático. Un tipo de esos que cada día hacen lo mismo, aunque no tengan obligación de hacerlo.

Nat le largó dólar y medio.

—¿Recibía visitas?

—Nunca, excepto sus clientes.

—Puedo darle otro dólar más. Piense en la cantidad de revistas de esas que va a poder comprarse en la calle Cuarenta y Dos.

—Es inútil —dijo el negro—. A mi manera soy honrado. No quiero hacerle gastar más dinero porque no sé una palabra más.

Nat dijo:

—Gracias.

Mostró su placa y añadió:

—No se extrañe de lo que ocurra a partir de este momento.

Fue hacia la entrada del taller, que estaba medio oculta por los coches aparcados, y manejó su juego de ganzúas.

Sus compañeros de la Brigada ya habían estado allí, sin duda, con una orden legal de allanamiento, pero habían vuelto a cerrar

cuidadosamente. Forzar la cerradura fue difícil.

Al conseguirlo, se encontró en un local pequeño, oscuro, que aún conservaba el olor especial del polvillo de mármol flotando en el aire, a pesar de hacer algunos días que no se trabajaba en él.

Nat encontró el conmutador de la luz, la encendió e hizo que una claridad muy diluida, como pasada por agua, se expandiera por el local.

Había allí muchas lápidas, ninguna de las cuales había merecido especial atención por parte de la policía. Todas estaban cubiertas de polvo. Había también un despacho cuyos papeles, facturas y las mesas habían sido revisadas por la Brigada de Homicidios hasta dejar el barniz sin brillo.

Nat sabía que ya no encontraría nada allí.

Por eso, quieto en el centro del taller, intentó captar su ambiente, el resto de la personalidad del muerto que aún pudiera quedar entre aquellas paredes. No encontró en ese ambiente nada extraño, excepto el hecho sorprendente de que Burgess, el hombre asesinado de manera tan inexplicable, estuviera, por decirlo así, en contacto diario con los muertos. Claro que había centenares de personas que se dedicaban a trabajar lápidas en Nueva York. No podía hacer caso de eso.

Por pura curiosidad empezó a mover las lápidas que la policía no había tocado. Todas eran normales. No tenían nada que llamara la atención.

Pero de pronto Nat quedó paralizado.

De pronto sus manos temblaron.

Entrecerró los ojos y luego movió aquella última lápida con todas sus fuerzas, para situarla mejor a la luz.

Allí solo había un nombre:

PRESTON BURGESS

Y una combinación de fechas:

1923-1965

¡Preston había preparado su propia lápida! ¡Preston había adivinado el año de su muerte!

Nat sintió vértigo.

Se apoyó en una de las paredes pesadamente, mientras respiraba con una extraña fuerza.

* * *

Seguía teniendo vértigo, y seguía notando como un torbellino dentro de su cráneo, cuando se sentó en el bar de costumbre, en la mesa de costumbre y pidió su whisky de costumbre.

Casi siempre la rutina nos tranquiliza, nos sitúa y nos centra en nuestro mundo actual. Sin embargo, con Nat no ocurrió eso. Nada conseguía anular aquella angustiosa sensación de vértigo. Bebió dos whiskies seguidos sin haber logrado recuperarse.

Y de pronto aquella voz:

—Le veo esta noche muy intranquilo, amigo.

Nat levantó la cabeza mientras aquella sensación de vértigo aumentaba, aumentaba hasta hacerse insoportable.

—No creí que nunca más se acercara por aquí —dijo.

—¿Por qué?

El desconocido se había sentado al otro lado de la mesa. Sus ojos, tras los que parecía ocultarse un enigma, le miraban fijamente. Y Nat tuvo la molesta sensación de que lo atravesaban, de que veían lo que había más allá de su propio cuerpo.

—Usted escribió el otro día una esquila.

—¿Dónde?

—Sobre una esquila de una persona que había muerto escribió un nombre: “Preston Burgess”. Luego, al día siguiente, Preston Burgess murió. La diñó asesinado. ¡Usted adivinó su muerte como había adivinado los ganadores de las carreras! ¿Por qué? ¿Cómo sabía que iba a morir? ¿En qué diabólicos periódicos lee usted lo que va a suceder al día siguiente?

El hombre no contestó.

Seguía mirándole fijamente, con los ojos muy abiertos, y Nat supo leer lo que había en ellos:

Miedo.

Un terror que él no comprendía, un secreto horror ante cosas que el hombre podía ver y no podían ver los otros.

—No sé a qué se refiere —dijo al fin.

—Lo hizo aquí, en esta misma mesa.

—No lo recuerdo.

Nat apretó los labios. Se daba cuenta de que todo aquello era absurdo, de que se exponía a una situación violenta ante sus jefes, pero tenía que hacerlo.

—Lo siento por usted —dijo—. Me hubiera gustado evitar esto. Póngase en pie.

El otro obedeció.

—¿Por qué? —preguntó suavemente, sin dejar de mirarle con aquellos enigmáticos ojos.

—Voy a detenerle.

CUATRO

NAT y sus compañeros de grupo, en la Brigada de Homicidios, sabían que solo disponían de veinticuatro horas.

Transcurrido ese plazo, o tenían que lograr una orden de procesamiento por parte del fiscal del Distrito o tenían que dejar al detenido en libertad. Ese plazo podía verse reducido a la mitad, o aún menos, si el detenido se hacía asistir por un buen abogado.

El desconocido no lo pidió. No solicitó que nadie le ayudase.

Se limitó a sentarse en una silla, ante los focos, y a escuchar las preguntas con la expresión de quien está ausente de este mundo.

Las preguntas de Nat y de los hombres que se iban sucediendo en la sala de interrogatorios, eran siempre las mismas:

—¿Adivinó realmente los caballos ganadores de las carreras?

—¿Tenía alguna información?

—¿Está relacionado con el público de los hipódromos?

—¿Ha sido empleado de alguna cuadra de caballos de raza?

—¿Ha sido procesado alguna vez por combinaciones ilegales y por trampas en las carreras?

—¿Escribió efectivamente en una esquila el nombre de Preston Burgess?

—¿Lo conocía?

—¿Cómo sabía que iba a morir?

—¿Alguien se lo dijo? ¿Quién?

La serie de preguntas, realizadas con fantástica rapidez y con terrible machaconería, eran como para aplastar a cualquiera.

El ambiente dentro del despacho, a las diez o doce horas, se fue poniendo tenso.

A las dieciséis era terrible.

Los policías sudaban, con sus camisas desabrochadas, con los pantalones medio caídos y las gotas de sudor rodándoles por las

mandíbulas. Las colillas apagadas formaban un montón. A propósito no habían abierto las ventanas para que la atmósfera se hiciese inaguantable. Ellos salían de vez en cuando, a respirar, pero el desconocido no tuvo ni un descanso, ni una pausa, ni una ayuda.

Tampoco la pidió.

Estaba allí quieto, tranquilo, y parecía feliz. Nat se dio cuenta de ese hecho sorprendente.

Parecía feliz.

No parecía tener ganas de que lo sacaran de aquella habitación. Les miraba a todos casi con gratitud.

Y Nat llegó a esta extraña conclusión:

El hombre se sentía feliz... porque allí no tenía miedo.

¿Qué frío universo de horror aguardaba para él más allá de los departamentos de la Brigada? ¿Qué espacio sideral, qué mundo remoto, qué labios exangües le enviaban aquellas noticias?

Pero no contestó a ninguna pregunta.

Solo dijo que se llamaba Fox.

Que vivía de renta, puesto que le habían dejado una pequeña cantidad de dinero, con cuyos intereses podía subsistir.

Que su domicilio estaba en Greenwich Village, muy cerca de Washington Square. Concretamente en Mac Dougal Street.

Que vivía solo y no tenía vicios.

De lo demás nada. No recordaba lo de los periódicos. Nat conservaba el de las carreras, pero aquella coincidencia, en sí, no significaba nada ante los ojos de un fiscal de distrito. El periódico de la esquela, el que realmente podía comprometer a Fox, él no lo tenía porque Fox se lo había llevado.

Era como para desesperarse, como para dar puñetazos a las paredes y morder a los jefes.

Casi a las veinticuatro horas, los dos agentes que Nat había enviado para las comprobaciones llegaron con dos noticias desalentadoras: Todo lo que Fox había dicho acerca de su vida y costumbres era verdad. Y el fiscal no autorizaba un registro de sus habitaciones.

Nat suspiró con desaliento.

No obtendría nada. Era perder el tiempo.

A las veinticuatro horas justas, ni un minuto más ni un minuto menos, dejó en libertad a Fox y le dio un dólar y diez centavos.

—¿Para qué es esto?

—El dólar es para que se beba un whisky a mi salud. Los diez centavos para que se compre un periódico con las noticias de mañana.

Fox dijo suavemente:

—Lo haré así, señor.

Dio gracias a todos los policías que le habían interrogado y se marchó tan tranquilo.

Los que no se quedaron tan tranquilos fueron los hombres que le habían interrogado.

No se podía dejar a Fox así como así. No se podía dar de aquel modo carpetazo al asunto.

Nat hizo una seña a uno de sus hombres, para que siguiera al misterioso individuo.

De pronto, cuando el agente se ponía ya la americana, susurró:

—Deja, iré yo mismo.

Se encaminó hacia la puerta.

Cuando se disponía a salir, giró sobre sus talones y dirigió a sus hombres, encerrados en la maloliente habitación, una última mirada.

En todos los rostros vio la misma expresión: desaliento, incredulidad, un poco de burla.

—Lo siento —murmuró—. Creí que sacaríamos algo en limpio de todo esto.

Uno de los agentes, llamado Simonson, dijo:

—Mira, Nat, esto lo hemos hecho exclusivamente como un favor a ti. Nos hemos metido en el terreno del teniente Spott solo porque hemos creído tu fantástica historia. ¿Pero por qué no dejas ya las cosas así? ¿Por qué sigues insistiendo en lo de ese tipo?

Nat hizo también un gesto de desaliento. Estaba más cansado que los otros, y se le notaba en el rostro.

—Si yo tuviera sentido común lo dejaría —murmuró—. Pero ahora ya no puedo. Es como una obsesión, como un maldito veneno.

Salió detrás de Fox.

Fox ya había caminado casi dos cuadras, pero su silueta triste, larga y negra se distinguía en la distancia con tanta claridad como si fuera fosforescente. Nat caminó sin prisas.

El extraño individuo tomó el “subway”.

Nat lo hizo también, situándose en el vagón posterior, pero sin perderle de vista a través de los cristales.

Descendió en la Tercera Avenida, cruce con la calle Veintiocho.

Desde allí fue descendiendo con pasos lentos hacia Greenwich Village. Había que caminar un buen trecho, porque Washington Square, entrada del famoso barrio alegre, se encuentra a la altura de la calle Doce. Pero Fox no parecía cansado, y no volvió una sola vez la cabeza. En las calles tranquilas y solitarias, seguirle era tan sencillo como comer cacahuetes en un partido de béisbol.

Conforme se adentraba uno en Greenwich Village, la fisonomía de las calles cambiaba con relación a las otras calles de Manhattan.

Bares pequeños, con gran cantidad de melenudos y melenudas daban un extraño colorido al ambiente. Predicadores de pintorescas religiones, teniendo al lado una bandera americana para que la gente sintiese un cierto respeto, predicaban en las esquinas las normas de una moral que habían inventado ellos mismos. Bandas de jovencitos vestidos de negro, montados en poderosas motos, generalmente las enormes “Harley-Davidson”, atronaban el aire con el ruido de sus motores. Algunos pequeños grupos, parados en las esquinas, entonaban canciones que en determinados momentos hacían erizar la piel.

Greenwich, en un extremo de Manhattan, es un barrio de blancos, a diferencia de Harlem, situado en el extremo opuesto de la isla. Pero a Nat le gustaba más Harlem, sobre todo durante el invierno, con sus quietas calles, con sus luces tímidas y con el misterio de los rostros negros contemplándole a través de las ventanas cerradas.

En Mac Dougal Street, Fox se introdujo en el portal de una pequeña casa de dos pisos.

Nat comprendió que nada más podía hacer sin una orden de registro. Se apostó ante la casa, dispuesto a vigilarla, pero a las dos de la madrugada el sujeto aún no había vuelto a salir.

En la casa, por lo visto, solo vivían, además de Fox, un par de pintores bohemios que entraron hacia la medianoche con compañía alegre, y a las dos de la madrugada no habían salido tampoco.

El joven se encaminó a una cabina telefónica muy cercana y pidió el relevo.

Su compañero llegó media hora más tarde, renegando y maldiciendo. Estuvo allí hasta las diez, hora en que Nat volvió.

—¿Alguna novedad?

El otro le miró con cara de sueño y de fastidio.

—¿Novedades? ¿Y qué ha de haber?

—¿No ha salido ese tipo?

—De aquí no han salido más que dos bohemios con dos chicas. Los cuatro llevaban encima más alcohol que una destilería de whisky.

—¿Pero es que ese tipo ni siquiera come?

—Debe tener algo en la nevera. O quizá se alimenta de huesos de muerto. Vete tú a saber.

Nat encendió un cigarrillo.

—Lárgate; te sustituyo.

—Ya es hora. Cuando le explique eso a mi mujer, me atiza con el aspirador. Solo hace tres meses que estamos casados.

—Enhorabuena.

—No te pateo una espinilla porque eres mi superior. Y oye, un consejo: Si por la noche no ha salido ese tipo, llama a los enterradores.

Pero a primeras horas de la tarde, Fox salió.

Iba vestido como siempre y tenía la misma cara de siempre, su cara mezcla de ansiedad, de miedo, de tristeza. Pasó junto a Nat sin verle y se encaminó a un puesto de venta de periódicos.

Compró un periódico en español: "La Prensa". Miles de personas, especialmente portorriqueños, adquirirían aquel rotativo editado para los hispanos de la fabulosa ciudad. Nat comprobó, no sin cierta sorpresa, que Fox era un hombre que sabía más de un idioma. Le vio caminar lentamente, mientras desdoblaba el periódico y echaba una ojeada a las noticias, y luego se coló de rondón en un bar de la Sexta Avenida. Nat, cada vez con menos disimulos, fue tras él.

Fox compró una botella de cerveza en el mostrador y se fue con ella a una mesa situada al fondo. Allí releyó el periódico con más atención. Extrajo un lápiz.

Nat le vio tomar unas anotaciones. Él compró entonces también, en el mostrador, una botella de cerveza fría y se sentó al otro lado de la mesa, frente a Fox.

Este, durante largos minutos, no le miró.

Trazaba dibujos absurdos en la página de deportes, y Nat se tranquilizó en cierto modo. Tal como marchaban las cosas, siempre era mejor que aquel tipo maniobrara en la página de deportes que en la de las defunciones.

Al fin Fox levantó los ojos.

Pareció sorprendido al ver a Nat allí, pero su sorpresa duró solo un instante.

—¿Me ha seguido? —balbució.

—Sí.

—¿Por qué?

—No necesito mentirle, Fox, porque tengo la sensación de que usted tampoco me miente a mí. Necesitaba saber si usted se ponía en contacto con alguien.

—¿Yo? ¿Con quién?

—Tendrá amigos, conocidos, parientes...

—Solo tengo un hermano, y hace tiempo que no nos vemos.

—¿Siempre está usted solo?

—Siempre.

Y Fox sonrió con tristeza.

¿Por qué le recordó aquel rostro el libro sobre brujas que le había regalado su madre? ¿Por qué aquella expresión cansada, miedosa, que parecía estar más allá del mundo, le hizo pensar en la que debieron tener las brujas quemadas vivas en Massachusetts?

¿Por qué?

Nat meneó la cabeza con pesadumbre.

Mal asunto. Mal asunto de verdad. Su cabeza empezaba a flojear y acabaría volviéndose loco.

Bajó la mirada.

Fox había recuadrado una noticia en el periódico, una noticia que se refería a un acontecimiento deportivo a celebrar al día siguiente en el estadio de los Yanquis.

Un partido de fútbol entre un equipo de Nueva York y otro de Nueva Jersey. No fútbol americano, lo que en Europa llamamos rugby, sino fútbol europeo. Como en los Estados Unidos no existe gran afición a este deporte, era de esperar que la concurrencia resultaría escasa.

Fox había escrito: "Vencedor Nueva Jersey".

—No estoy conforme —murmuró Nat.

—¿Por qué?

—Yo sigo los encuentros de fútbol con cierto interés, y el equipo de Nueva York es mucho más potente.

—Pero ganará Nueva Jersey.

Fox dijo aquello con tristeza, como si el saber tales cosas fuera para él una maldición.

Añadió sin mirarle:

—El equipo de Nueva Jersey marcará los tantos que le hagan falta en los últimos diez minutos.

Nat, en contra de su voluntad, sintió un estremecimiento. Se le erizaron los cabellos de la nuca.

Fox hablaba simplemente de un acontecimiento deportivo, de un hecho sin importancia, pero lo que había detrás de sus palabras asustaba a Nat. Otra vez el joven detective volvía a estar hundido en una terrible sima de vértigo. Levantó su vaso de cerveza con mano febril, y bebió ávidamente. Al terminar, tomó el periódico.

No, allí no había trampa.

No era en el periódico donde Fox encontraba sus increíbles noticias anticipadas.

Nat estaba tan asombrado que hubiera llegado a dar crédito a lo más absurdo. Recordaba en estos momentos una película que había visto años atrás. En la película aparecía un periodista que cada noche, al retirarse, se llevaba el periódico recién impreso. Pero aquel periódico no anunciaba las noticias del día siguiente, sino las noticias de dos días después. La gente que había de morir, los resultados de las carreras, de los encuentros de fútbol, de boxeo, de tenis. Las cotizaciones de Bolsa, los escándalos matrimoniales y los suicidios. Solo un periódico así, solo él sabía cosas que sus compañeros tardarían aún veinticuatro horas en saber. ¡Dios santo! Pero el caso de Fox era distinto. Su periódico era igual a otros miles y miles de periódicos impresos aquel día. Sus noticias eran las que podía leer él, las que podía leer cualquier persona que supiera español y quisiera gastarse diez centavos. Allí no había ninguna clase de combinación ni de trampa.

Nat susurró:

—Tiene que dejármelo.

—¿Quiere que sea alguna prueba contra mí?

—¿Qué clase de prueba? Supongo que en ese encuentro de

fútbol no ha de morir nadie. Usted solo ha señalado que ganará el equipo de Nueva Jersey, y eso no es ningún delito.

Fox tendió el periódico por encima de la mesa.

—Tómelo.

—Voy a confesarle una cosa, Fox.

—¿Qué?

—No me es usted antipático.

—Tampoco usted me lo es a mí, Nat. Me ha tenido veinticuatro horas enchironado, pero comprendo que le sobaban motivos. Y me ha tratado bien. En sus palabras, en su actitud ante la vida, se ve que no es usted como los otros polizontes. Usted tiene alma. Hubiera hecho un magnífico abogado, o quién sabe si un estupendo periodista.

—Estudié periodismo también, Fox.

—Vaya, lo celebro. Yo me he pasado la vida entre rotativos y máquinas planas. Mi madre tenía una pequeña imprenta en una ciudad del Sur, en Little Rock.

—Oiga, Fox.

—Dígame.

—Yo quisiera ayudarle. Todo esto lo he hecho porque me doy cuenta de que usted también está metido en el mejunje, que tiene miedo, y que saldría si pudiera. A veces una palabra, una confesión a tiempo puede salvar la vida de una persona. ¿Por qué no me dice quién le da esas informaciones? ¿Por qué no me explica cómo adivina todas esas cosas extraordinarias?

Fox hizo un gesto con sus manos.

—No lo sé.

Y en su voz hubo tan simple sinceridad, tanta falta de malicia, que Nat no tuvo la menor duda de que le estaba diciendo la verdad.

Se sintió asombrado.

¿Cómo era posible que Fox no lo supiera? ¿Qué misterio alucinante, digno de las brujas de la Edad Media, se ocultaba en el cerebro de aquel hombre?

—Oiga, Fox... Eso no es posible.

—¿Por qué no?

—Alguien le dice esas cosas.

—No recibo visitas.

—Se las telefonea.

—No tengo teléfono.

—Pues... Pues tendrá una bola de cristal...

Fox lanzó una carcajada.

Y ahora su carcajada fue sana, burlona, como si de repente hubiera perdido el miedo.

—¿Es que cree usted en brujerías, Nat? ¡Diantre! ¿Usted cree que eso de las bolas de cristal existe?

Nat se sintió avergonzado.

Sus dudas le habían hecho bajar escalón tras escalón hasta el reino de lo ilógico. Ahora estaba en la frontera de lo increíble, de lo absurdo, en la frontera de lo que creen los niños. Claro... Las bolas de cristal no existen. ¿Pero qué existe, pues? ¿Cómo es posible que Fox adivinara las cosas?

—No lo sé —repitió sencillamente Fox, como si hubiera comprendido lo que él pensaba—. Le juro que no lo sé.

Lentamente se puso en pie. Otra vez parecía cansado, envejecido, otra vez estaba dominado por su secreto horror.

—¿Adónde va? —susurró Nat.

—A una sesión de cine.

Una sesión de cine... ¿Era allí dónde le decían lo que iba a suceder? ¿En el silencio de los cines? ¿En las imágenes de la película que veía? Nat ya no sabía qué creer.

—Iré con usted —dijo.

—¿Aún sospecha?

—No lo tome a mal. Le aseguro que me limitaré a ver la película, sin hacerle preguntas.

—Y yo le advierto que a mí me gustan unas películas que a usted tal vez le aburran. Me gusta ver melodramas, películas de las que hacen llorar un poco.

—Está bien, me aguantaré.

Fueron a un cine de la calle Treinta. La película que proyectaban se titulaba “Cuatro huerfanitos”. Era un dramón.

Pero Fox parecía tan satisfecho.

Luego Nat le acompañó hasta Mac Dougal Street, y Fox se despidió estrechándole la mano.

Era una vigilancia la mar de cómica. Si llega a verlo el jefe de la Brigada, se muere de un síncope.

Pero el jefe de la Brigada se encontraba en aquel momento de

vacaciones en Florida. De todo aquel lío de Nat —y afortunadamente para el joven detective— no sabía ni jota.

SEIS

AL día siguiente, los aburridos y fatigados agentes que habían vigilado a Fox durante los últimos turnos fueron entregando sus informes.

—Nada.

—El muy buitre no salió.

—El muy bestia debió dormir como un borracho.

—El pedazo de carcamal se encierra allí como un gorila en su jaula.

Los insultos iban subiendo de tono para el pobre Fox. Afortunadamente este no sabía nada de todo aquel lío. Nat dio descanso a sus hombres, dijo que declaraba suspendida aquella investigación y anunció que se iba a presenciar un partido de fútbol.

Lo que dijeron sus hombres cuando él salió tuvo la suerte de no oírlo.

En realidad todos creían que las premoniciones de Fox no eran tales. Que en dos ocasiones se había tratado de una simple casualidad.

Y Nat empezaba ya a creer lo mismo.

Fue al Yankee Stadium, situado en el Bronx, muy cerca del río Hudson, y se mezcló a la multitud —más numerosa de lo que había creído— que se disponía a presenciar el partido de fútbol.

Tomó asiento y esperó.

Una secreta ansiedad le dominaba.

¿Adivinaría aquello Fox también? ¿O simplemente se impondría la lógica y quedaría rota aquella especie de macabra racha?

Durante la primera parte del encuentro, la lógica realmente se impuso.

El equipo de Nueva York era muy superior al del Estado vecino,

y terminó la primera parte ganando por dos a cero. Al principio de la segunda parte marcó otro gol.

Los americanos, tan aficionados a las apuestas, lo hacían a favor de Nueva York en la proporción de veinte a uno.

Pero llegaron los últimos diez minutos.

Nat contenía la respiración, entrelazaba los dedos, se mordía las uñas.

El extremo derecha de Nueva Jersey centró; el guardameta neoyorquino salió a recibir el balón, resbaló y este se introdujo blandamente en su puerta.

Puesta la pelota en juego, el delantero centro de Nueva Jersey escapó, consiguió burlar a los defensas, llegó ante el portero en posición muy forzada, el portero se arrojó a sus pies, tropezó con el balón y vio cómo este llegaba al fondo de las mallas.

Nat estaba literalmente con la boca abierta.

Las apuestas habían dado un vuelco espectacular. A pesar de que solo faltaban seis minutos, estaban ya siete a uno a favor de Nueva York. Trece enteros menos que antes.

Durante tres minutos nada sucedió.

Faltando ese tiempo, un defensa de Nueva Jersey empató con un disparo formidable.

La gente aullaba. Las apuestas se pusieron a la par.

Y en el último segundo, en un mal entendimiento entre el guardameta y uno de sus defensas, uno de los delanteros de Nueva Jersey consiguió el gol de la victoria.

Contra toda lógica, contra todo pronóstico, Nueva Jersey había vencido.

Había ocurrido exactamente lo que dijo Fox.

Nat quedó solo en su asiento, sin fuerzas ni para salir, sintiendo una extraña opresión en el pecho.

Casi una hora después, los empleados de la limpieza tuvieron que echarle poco menos que como si fuera un vagabundo.

SIETE

NAT penetró en la Brigada de Homicidios con el aspecto que tendría si le hubiesen comunicado que quedaba cesante y sin sueldo durante tres años.

Sus compañeros y sus inferiores se dieron cuenta de que algo grave le sucedía. Casi todos los que se habían relevado en la vigilancia de Fox estaban allí.

Era uno de esos extraños días de calma, uno de esos días en que Nueva York parecía estar compuesta exclusivamente de pacíficos papás que sacaban a pasear a sus niños.

Ni un crimen. Ni un ciudadano tendido en la acera con la cabeza rota y con la boca tiesa.

Mejor.

Nat se sentó ante su mesa, extrajo una pipa del cajón y la encendió con gesto de pesadumbre.

Notó que todos le miraban.

Se dio cuenta de que en los ojos de todos había desde incredulidad hasta burla. Y aún peor: En los ojos de alguno había compasión.

—¿Es absolutamente seguro que Fox no recibió ninguna visita? —preguntó con voz lejana.

—Seguro. Hemos sabido lo que hicieron los dos pintores bohemios. Hubo juerga. Y ninguno de ellos conoce ni tan siquiera a Fox.

—Él me dijo que no tenía teléfono. ¿Es cierto?

—Ciertísimo. Hemos consultado la guía y no figura su nombre. También hemos llamado a la Telefónica. Fox no es un abonado al servicio.

—Por consiguiente lo de hoy lo supo mientras estaba allí dentro —musitó Nat sin darse cuenta, en voz lo bastante alta.

—¿Qué es lo que supo?

—Nada de importancia. El resultado de un partido de fútbol, y además la forma en que se produciría.

Uno de sus hombres lanzó un respingo.

—Oye, Nat.

—¿Qué?

—¿Te has dado cuenta de que ese tipo podría ser una mina?

—¿En qué aspecto?

—Pues adivinando los caballos ganadores y todo eso. Podríamos mirarle un poco, hacer sociedad con él... ¡e hincharnos! ¡Caray, lo que no entiendo es cómo ese tío no se ha hecho millonario ya!

Nat exhaló una bocanada de humo.

—No olvides que adivinó un crimen.

—Sí, claro, pero...

—...Y que todo eso le tiene asustado. Las propias cosas que él sabe le producen horror.

Sus hombres le miraron con cierta aprensión. Había algo en todo aquello que aún entendían menos que él, lo cual era lógico, puesto que no habían hablado con Fox. De pronto Nat dijo:

—¿Se puede pedir un favor a nuestros compañeros de Boston?

—¿Qué clase de favor?

—Tú, George, eres muy amigo de los jefes de patrulla. ¿Se podría citar a Fox en Boston para una declaración testifical con motivo de un accidente? Nada más eso. Una historia cualquiera para obligarle a desplazarse. El viaje a Boston, ida y vuelta, le obligaría a estar por lo menos una noche fuera de la ciudad.

—¿Y tú qué ganarías con eso?

—Cometería un acto ilegal, a pesar de todas las consecuencias que eso puede acarrear. Forzaría la cerradura de su domicilio y pasaría la noche allí. Es completamente seguro que él sabe esas cosas durante la noche. Yo quiero averiguar de qué modo.

—¡Maldita sea, Nat, tú has bebido!

—Estoy a régimen de limonadas desde hace no sé cuántos siglos.

—¿Qué es lo que supones? ¿Que durante la noche se te va a aparecer algún espectro?

Nat volvió la cabeza dubitativamente.

No se atrevió a negar. Hasta en lo del espectro creía. Ya nada le parecía absurdo.

Lo evidente era que por las noches, en la soledad, Fox tenía alguna clase de visiones, que recibía la visita de alguna clase de aparición, la visita de algún fantasma, de algún muerto.

De algo que estaba más allá de la Tierra

Durante algunos instantes se produjo un extraño silencio.

Los hombres del grupo se miraban fijamente, confusos, como aturdidos, igual que si tuvieran algo que decirse, pero no se atrevieran a hacerlo.

Bruscamente el clima había cambiado. De pronto daba la sensación de que ahora todos creían la extraña historia de Nat. Y era solo por unas palabras, por las últimas palabras de este.

Nat musitó:

—¿Qué ocurre?

—Nada, muchacho, nada.

—De pronto es como si hubieseis recordado algo.

—Quizá no tenga importancia —susurró uno.

—Es por lo que tú has dicho acerca del espectro —aclaró otro.

—¿Pero qué ocurre? ¿Qué sabéis?

Nat se puso en pie.

Él no se daba cuenta, pero la pipa temblaba entre sus dientes.

Uno de sus hombres se acercó.

En sus ojos había una mirada vacía, sin expresión, una mirada que parecía haberse contagiado del increíble ambiente en que se movían todos.

Susurró:

—Oye, Nat, tus palabras nos han hecho recordar algo.

—¿Qué?

—¿Tú sabes lo que era la madre de Fox?

—Tenía una imprenta en una ciudad pequeña. Me parece que era en Little Rock. Él mismo me lo dijo.

—Sí, pero la madre de Fox también era algo más. Tenía fama de bruja. Una fama que abarcaba la población entera.

Otro hombre se puso también en pie.

En sus ojos había la misma expresión vacía, lejana, que parecía haberse convertido en el distintivo de todos.

—La mataron hace poco. Fue una especie de motín popular. Ya sabes lo que ocurre en esas ciudades pequeñas del Sur. Las autoridades no pueden a veces evitar ciertas cosas, o están en

complicidad con los que arman los jaleos. Fue un asesinato vil. Fox estaba en Nueva York, pero nunca se recuperó del golpe. Él quería mucho a su madre.

—¿Qué queréis decir con eso? —musitó Nat.

Uno de sus hombres se había acercado más a él.

Estaba extrañamente pálido.

—¿Qué vamos a querer decir, Nat? Tus palabras nos han hecho relacionar las cosas. ¿Qué tendría de extraño, dentro de lo fantástico del caso, que si Fox sabe todo eso se lo dijera su madre durante las noches?

OCHO

NAT no había cometido ningún acto ilegal en toda su vida de policía. Era uno de esos hombres que creen no solo en el espíritu, sino también en la letra de la ley. Y sin embargo ahora estaba lanzado por un extraño camino de actos ilegales, desde hacer ir a un hombre a Boston solo para alejarlo de su domicilio, hasta forzar la puerta de ese mismo domicilio con ayuda de una llave falsa.

Penetró al anochecer en el domicilio de Fox.

Era un apartamento de dos habitaciones y cuarto de baño. Una habitación no tenía nada de especial, pero la otra resultaba impresionante. Y lo resultaba tan solo por el clima que creaban sus muebles.

Esa habitación era el dormitorio.

Había en él una cama con dosel, inmensa y antigua, una verdadera pieza del siglo XVIII. La cómoda también era enorme, panzuda y antigua. Un par de sillas de la misma época, magníficamente conservadas, y un par de cuadros de gran valor completaban el mobiliario.

Solo al entrar allí se tenía ya la sensación de haber atravesado el umbral de un museo, el umbral de otra época. Algo indefinible parecía flotar en el aire de aquella habitación, que, sin embargo, era hermosa. El tiempo dejaba de existir. Era como si Nueva York y el siglo Veinte quedaran atrás, infinitamente lejos.

Nat consultó la hora. Las ocho de la noche.

Había oscurecido, y el silencio reinaba en el apartamento. La cama tenía sábanas limpias. Todo lo que se veía allí indicaba que Fox era un hombre pulcro, cuidadoso y lleno de orden.

El retrato de una mujer de media edad, puesto en lugar preferente, llamó la atención de Nat.

Debía ser la madre de Fox.

Era —o había sido— una mujer de rostro inteligente, de ojos profundos y expresión enigmática. Pero lo que más llamaba la atención en ella, dadas las circunstancias, era el color de su piel. Se trataba de una mestiza, de una mujer con la piel casi negra. ¿Explicaba eso quizá el crimen de Little Rock? ¿Habían estado los prejuicios raciales mezclados a la extraña acusación de brujería?

En las pequeñas ciudades del Sur ocurren a veces cosas que jamás sucederían en otros sitios. Quizá los miembros del Ku-Klux-Klan, siempre activos, sobre todo en los últimos tiempos, consideraron que la fama de aquella mujer era excesiva y que acabaría convirtiéndose en un mito. Tal vez la odiaron por el hecho de que ella parecía saber cosas que ellos ni siquiera barruntaban. Pero era casi seguro que el color de su piel influyó en el hecho de su muerte. Nadie se hubiera atrevido a linchar a una blanca.

Mientras pensaba en todas estas cosas, Nat se quitó la americana y se aflojó el nudo de la corbata.

Tenía que obrar como si estuviera en su casa. Al fin y al cabo iba a pasar allí la noche.

Registró concienzudamente las otras piezas del apartamento. No había nadie allí, y no había tampoco un escondite donde pudiera ocultarse una persona. Por este lado podía estar tranquilo.

Se aseguró también de que la puerta exterior estaba bien cerrada.

Hecho esto se tendió en la cama, con las manos plegadas bajo la nuca, e intentó dormir.

Llevaba en la funda axilar su pistola reglamentaria, pero ni siquiera comprobó su puesta a punto. Los poderes misteriosos con los que iba a enfrentarse no parecían ser de esta tierra. No sería a tiros como lograría vencerlos. Lo único que podía hacer era estar quieto allí, y a ser posible dormido, para que algo ocurriese.

No pudo evitar un estremecimiento de miedo al pensar en eso.

El extraño poder que flotaba en aquella habitación no se acercaría a él si estaba despierto. Tenía que verlo indefenso y dormido.

Lo que ocurriría luego era algo que no podía adivinar Nat, pero si había llegado hasta aquello era para soportar cualquier cosa. Porque se había colocado voluntariamente como el cabritillo que sirve de cebo en la trampa del león.

A pesar de tener cerrados los ojos durante largo rato, no consiguió dormir.

Una profunda sensación de irrealidad le dominaba.

Tenía la impresión de estar metido en una tumba.

La casa era muy silenciosa, pero durante un par de horas aún oyó a uno de los pintores que cantaba ruidosamente en el piso inferior. Debía tener compañía, porque de vez en cuando se oía la risa argentina de una mujer. Luego, muy poco a poco, todo fue quedando en silencio absoluto, y una somnolencia cada vez más intensa se fue apoderando de Nat.

Lo último que pensó este fue qué ocurriría si de repente se presentara allí Fox. Era probable que la policía de Boston no hubiera podido retenerlo demasiado tiempo. Y si se presentase, ¿qué le diría? ¿Qué le dir...?

Sus pensamientos se fueron cortando.

Una grata somnolencia le invadió.

Su propio nerviosismo, al relajarse, hizo que le dominara un enorme cansancio, una tremenda postración que pareció poner dos losas de plomo sobre sus párpados.

Quedó profundamente dormido.

* * *

No supo cuántas horas, cuántos siglos había permanecido en aquel estado, completamente ausente del mundo.

De repente despertó.

Era como si bruscamente estuviera ocurriendo algo en la habitación, como si él no se encontrara solo en la casa.

Abrió los ojos poco a poco, procurando no hacer ningún otro movimiento, por si alguien le estaba observando.

Le pareció oír un ruido.

Apenas un chasquido en el suelo de *parquet*, como si alguien hubiera depositado muy suavemente un pie sobre la madera.

Los ojos de Nat escudraron las sombras.

Los rayos de luna penetraban por una de las ventanas, cuyos postigos estaban solamente entornados.

El dosel de la cama, sobre la cabeza de Nat, brillaba con tenues reflejos. Los viejos y solemnes muebles de la habitación, parecían más que nunca los de un museo.

Pero no se veía a nadie. No se distinguía el menor rastro de una sombra humana.

Sin embargo, Nat se había despertado. Le había despertado algo. La sensación de haber oído un ruido era para él cada vez más concreta.

Poco a poco puso un pie en el suelo.

Su zapato produjo en la madera del *parquet* el mismo levísimo chasquido que creyó haber oído antes. Ahora ya no le cupo ninguna duda de que alguien más se encontraba en el apartamento.

Se puso del todo en pie.

Sus ojos escudraron las sombras, una a una, sin percibir en ellas el menor signo de vida.

Quieto junto a la puerta, aguardó.

Contenía incluso la respiración.

Durante largos minutos, durante un tiempo interminable, el silencio fue absoluto.

Solo nos damos cuenta de lo inmensamente largo que puede ser un minuto cuando estamos así, quietos, esperando que ocurra algo que de todos modos no ocurre.

Y de pronto el chasquido se reprodujo.

¡Alguien se acercaba allí!

Nat aguardó con todos los nervios en tensión. No quería hacer uso de su pistola. El que se aproximaba con tantas precauciones no podía ser Fox, el dueño de la casa, sino alguien que había entrado secretamente en ella. Y por tanto alguien que conocía el misterio de lo ocurrido allí.

La puerta, que estaba entornada, fue empujada levemente.

Nat, que no movía un músculo, oyó al otro lado de la hoja de madera una respiración lenta, profunda.

Dos crujidos muy leves de la madera se produjeron casi simultáneamente.

Y de pronto una sombra entró en la habitación.

Nat no pudo apenas distinguirla, porque la propia puerta entornada impedía que recibiese la escasa luz llegada de la ventana.

Pero no perdió un solo segundo. Se puso en movimiento.

Sus brazos cayeron sobre aquella figura humana, en una infalible presa de judo. La levantó violentamente, en solo fracciones de segundo, y luego la derribó a tierra, cayendo sobre ella.

Pero inmediatamente Nat quedó quieto, con la boca abierta, dominado por el más absoluto estupor.

* * *

A cualquiera le hubiera sucedido lo mismo, porque el cuerpo que Nat había apresado, en una llave infalible, era el de una mujer.

Y además el cuerpo de una mujer joven y opulenta, a juzgar por el tamaño y la dureza de sus curvas.

Nat quedó tan aturdido que durante algunos segundos se estuvo quieto, demasiado quieto.

Ella, que también debía conocer algo sobre las reglas del judo, aprovechó para moverse.

Bruscamente Nat sintió que era sacudido y que volaba por los aires.

Dio de cabeza contra uno de los pies de la solemne cama, se volvió y entonces un zapato de punta muy aguda se clavó en su cara.

La mujer, fuese quien fuese, se defendía como una, fierecilla.

Nat la sujetó por un tobillo, lo hizo girar, y notó que el cuerpo de su extraña enemiga daba también una vuelta completa, chocando contra el suelo. Pero la mujer cayó bien, quizá porque estaba entrenada para aquella clase de combates.

Nat no se atrevió a lanzarse de nuevo sobre ella, dominado por un principio de respeto.

Pero la mujer no se estuvo quieta tampoco esta vez.

Debió quitarse un zapato, y le acometió con el tacón en alto. Nat lo vio en el último segundo, y pudo apartar la cabeza. Conocía la terrible arma que puede ser uno de esos tacones cuando golpea según qué partes de cráneo. Cada tacón es una aguda pieza de duraluminio que, manejada con fuerza, puede atravesar los huesos llegando hasta la masa encefálica. Esta vez Nat recibió el impacto en un hombro y no pasó nada, fuera del agudísimo dolor que le hizo lanzar una maldición ronca. Pero ya no se estuvo quieto más tiempo.

Sujetó ahora una de las manos de la mujer, y la retorció fuertemente, mientras con la otra hacía girar el conmutador de la luz.

Bruscamente la estancia se llenó de claridad.

Nat vio frente a él, torciendo los labios en un gesto de dolor, a una muchacha.

Merecía ese nombre, el de muchacha, porque era muy joven. Tendría unos veinte años. Llevaba un vestido negro, razón por la cual no había logrado distinguirla bien. Sus cabellos eran de un color castaño claro. Llevaba un solo zapato puesto y tenía una media rota.

El gesto de dolor de sus labios indicaba que Nat le estaba haciendo demasiado daño.

—¡Suéltame, granuja!

—¿Acaso no recuerdas que has estado a punto de matarme, paloma?

—¡No se puede matar a nadie con un taconazo!

—Usando esos tacones tan finos, sí que se puede. Pero no vamos a discutir eso ahora, muchacha. Vamos, siéntate.

La soltó. Ella tomó asiento en la misma cama, calzándose el zapato que había usado como arma. La media por la que Nat había tenido que sujetarla, estaba inservible. Él hizo un gesto.

—Lo lamento.

Ella alzó la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —preguntó firmemente—. Tú no eres el dueño de esta casa. ¿Y por qué llevas armas?

Nat mostró su placa de policía, haciéndola saltar dos veces en la palma de su mano abierta.

Ella quedó un momento perpleja. Luego pareció recobrar el dominio de sí misma que debía serle habitual.

—Supongo que tendré que dar mi nombre —dijo.

—Sí.

—Me llamo Sonia.

—¿Profesión?

—Periodista. Represento al “Chicago Tribune”.

—El “Chicago Tribune” es un periódico muy importante. No sabía que enviara a sus reporteros a colarse en las casas por las noches.

—Lo de hoy ha sido iniciativa mía.

—¿Por qué?

Ella suspiró. Reclinó su hermoso cuerpo de gata joven en uno de los brazos que sostenían el dosel.

—¿Puedo encender un cigarrillo?

—¿Por qué no?

Mientras ella lo hacía, Nat la contempló a su sabor, y en contra de su voluntad tuvo que decirse que era endiabladamente bonita. Eso le produjo un cierto sentimiento de malestar. No le gustaba tener a las mujeres bonitas ni como ayudantes ni como enemigos. Y esta era muy hermosa. Demasiado. Como para hacer perder la cabeza a cualquier hombre.

Su vestido desordenado por la reciente lucha, hacía más intensa aquella turbadora sensación de intimidad, de belleza palpitante que Nat tenía al alcance de su mano.

Pero decidió ignorar aquello. Otras sensaciones, igualmente turbadoras, le dominaban también.

—¿Por qué estás aquí? —repitió.

—Tengo a mi cargo una sección de actualidades en el “Chicago Tribune” —dijo lentamente ella—. No la llevo mal, creo yo, pero los redactores jefes siempre exigen más y más. Últimamente me insinuaron que en Chicago ocurrían muchas cosas que yo no veía, y que si no tenía abiertos los ojos tampoco ellos iban a tener abierta la mano para la paga de final de mes. Reconozco que eso me puso nerviosa.

—Es natural.

La muchacha dio una larga chupada a su cigarrillo, mirando a Nat con expresión de mayor confianza.

—Yo siempre me he preocupado de mi profesión —dijo—. Siempre he procurado trabajar, esforzarme y dar todo lo que podía. Por eso me hundió moralmente lo que me dijeron.

—La vida aquí es dura —dijo vagamente Nat.

—Decidí entonces tomar mis vacaciones anuales —explicó ella—. Necesitaba serenarme y reflexionar. Estuve unos días en Mount Vernan, en Virginia, pero aquella tranquilidad me abrumaba. No estaba acostumbrada a ella. Volví entonces a Nueva York, una ciudad tan agitada como Chicago, pero un poco menos sucia. Fue entonces cuando creí estar tras la pista de un gran reportaje, de algo que podía ser el mejor trabajo de mi vida.

Nat musitó:

—¿A qué te refieres?

—Fue por casualidad, en una vuelta que me di por la Brigada de

Homicidios. El forense entregaba el informe técnico sobre la muerte de un hombre asesinado, alguien que se llamaba Preston Burgess. Oí decir a uno de los policías que, según parecía, un tipo llamado Fox había adivinado esa muerte.

Nat torció el gesto.

—Alguno de los hombres de mi grupo —explicó—. Seguramente se fue de la lengua cuando estaba fuera del Departamento.

—Esas cosas son inevitables —le disculpó ella.

—Bien. Sigue.

—Traté de averiguar entonces quién era ese tal Fox. Seguí al policía que había hablado.

—Debe ser idiota, al no darse cuenta de que le seguía una mujer tan bonita —susurró Nat.

—Gracias por la galantería, pero tú tampoco te hubieras dado cuenta. Él fue en un coche patrulla, y yo en un taxi al que pedí que le siguiese. Aparentemente no pasaba nada, pero yo me di cuenta de que ese tal Fox estaba siendo sometido a una vigilancia la mar de extraña. Entonces decidí penetrar en la casa, para tratar de averiguar algo.

Nat suspiró con desaliento.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—Nada.

—Pareces desencantado...

—Supongo que sí —explicó sinceramente él— y debe ser por una sola cosa. Esperaba averiguar algo aquí, y al entrar tú creí que ya lo tenía. Ahora resulta que no he averiguado nada.

—¿Pero qué esperabas descubrir?

Él mostró sus manos, en un gesto de desaliento.

—No lo sé —reconoció—. Esperaba que en esta habitación ocurriera algo, aunque no podía precisar el qué. Y no ha sucedido nada.

—¿Es que la policía sospecha de Fox?

—Mira, preciosidad, no seré yo quien ponga la tela para que tú cortes tu reportaje.

—¿Pero es que Fox ha matado a alguien?

—Supongo que no.

—Entonces, ¿por qué le vigiláis? ¿Es que adivina las cosas realmente?

—No lo sé —murmuró Nat—. Pero lo terrible es una cosa. Que siga como antes. Que aquí no haya ocurrido nada.

Era verdad. Ahora no tendría otra oportunidad para retener a Fox fuera de la ciudad. No podía volver a estar otra noche entera en su apartamento. Acababa de perder la única ocasión buena que había tenido desde que empezó aquel maldito asunto.

Vio que la muchacha daba unas vueltas por la habitación y otra vez, en contra de su voluntad, tuvo que admirar lo maravillosamente bonita que era.

—¿Este retrato...? —preguntó ella.

—Era la madre de Fox.

—¿Era?

—La mataron en Little Rock. Fue una especie de motín de unos cuantos tipos racistas, que además la acusaban de brujería. Como periodista debes saber lo que ocurre a veces en esas viejas ciudades que, aunque crezcan, conservan el espíritu de la Guerra de Secesión. Las autoridades se inhiben, y a veces ellas mismas promueven el motín, para ganarse los votos de algunas “Asociaciones Patrióticas” o de los miembros de Ku-Klux-Klan. El caso fue que la mujer que ves en esta foto está muerta.

Ella depositó el marco en su sitio, con respeto, como si sus dedos pudieran profanar algo.

Luego dio otra vuelta por la habitación.

—¿Y este?

Señalaba un retrato más pequeño y en el que Nat no se había fijado antes, quizá porque estaba tras un libro. En este otro retrato aparecía la imagen de un hombre parecido a Fox, pero algo mayor y más grueso y fuerte. En los ojos de aquel hombre había una mirada obstinada y dura, que llegaba a impresionar.

—Este debe ser el hermano de Fox —dijo calmadamente Nat—. He obtenido algunos informes sobre él, por pura rutina. Un hombre serio, que se dedica a escribir en revistas protestantes de Teología y a estudios sobre las antiguas religiones. Vive en Baltimore, pero no había visto antes su retrato ahí.

—Pues estaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo he logrado entrar ya esta tarde en la casa —confesó ella—. Tengo una gran habilidad para el manejo de las llaves falsas. Pero

no he visto nada de particular excepto el hecho de que todo estaba igual que ahora. Tengo una gran memoria fotográfica. Cuando recuerdo una cosa, es como si la estuviera viendo exactamente otra vez. Y todo estaba esta tarde tal como la vemos ahora.

Eso reafirmaba las desoladoras conclusiones de Nat.

Nadie había entrado allí, excepto la muchacha.

Nadie había tocado nada.

Nada había ocurrido tampoco. Y él no había adelantado un solo paso en sus deducciones.

—¿Por qué has vuelto esta noche? —preguntó.

—Solo por saber si verdaderamente había ocurrido algo. Y he obrado con muchísimas precauciones por si había alguien aquí dentro.

Nat se encogió de hombros.

Estaba desanimado, no podía negarlo.

—Sal tú primero —dijo a la chica—. De lo contrario, la gente va a creer que hemos pasado la noche juntos.

Sonia le observó.

Le miró fijamente.

De pronto los dos tuvieron conciencia de lo extraño de la situación, de la intimidad de su encuentro.

El busto de la muchacha subía y bajaba, palpitaba al compás de la respiración. Su vestido aún seguía desordenado. Sus curvas poderosas que se marcaban en él, hacían recordar a Nat el momento enloquecedor asombroso a un tiempo en que la tuvo bajo él, mientras la inmovilizaba con la llave de judo.

Sonia debió pensar algo parecido, porque sus ojos estaban turbios.

Por un momento los dos se miraron y pensaron algo que no querían confesar.

Pero no ocurrió nada.

Ninguno de los dos hizo el gesto que quizá lo hubiera precipitado todo, que hubiera unido los labios del uno a los labios del otro.

De pronto ella susurró:

—Está bien; saldré primero.

El momento mágico se había roto.

Nat se puso la americana lentamente, mientras veía a la

muchacha dirigirse a la puerta.

—Espérame fuera —indicó él—. Al menos te sacaré de Greenwich Village. A veces hay por aquí borrachos a estas horas.

—Sé defenderme sola. ¡Ah! Y voy a darte una noticia, Nat.

—¿Cuál?

—El segundo jefe de policía de Little Rock vendrá a Nueva York de un momento a otro. Tenía anunciada su visita hace tiempo.

—¿Y qué?

—He recordado algunas cosas, al oírte contar la historia de la madre de Fox. Ese hombre, el segundo jefe de la policía, fue uno de los que organizaron el motín, no tocó a la madre de Fox, pero moralmente es uno de los responsables de su muerte.

Nat susurró:

—De acuerdo. ¿Pero eso qué resuelve? ¿Qué infiernos es lo que he averiguado yo?

Y era verdad.

No había adelantado nada.

En aquella habitación donde dormía Fox no ocurría nada absolutamente.

Oyó a la muchacha cerrar, y tres minutos después salió tras ella.

Se encontraron en la calle. Sonia era la única cosa agradable con que se había tropezado él en los últimos días. ¡Pero para lo que iba a servirle...! Con una mujer que sabe judo, todo el mundo tiene las manos quietas

NUEVE

AL día siguiente, el jefe de la Brigada de Homicidios llamó a su despacho a todos los jefes de Departamento.

Una persona desconocida estaba con él.

Nat, como jefe de grupo, fue llamado también al despacho. Aquel desconocido, un tipo grueso, calvo, con cara de buen vividor, le recordó enseguida a alguien, pero no supo precisar a quién.

El jefe de la Brigada les sacó de dudas muy pronto.

—Tengo el gusto de presentarles a un ilustre colega —dijo—. Se trata del segundo jefe de la policía de Little Rock, quien hace tiempo tenía anunciada su visita a nuestra ciudad. El señor Orson, quien nos honra en este momento con su presencia, es persona que, pese a la relativa modestia de su cargo, ha adquirido un gran renombre en los medios policiales del sur. Piensa dar en nuestra ciudad una serie de conferencias sobre un tema en extremo interesante, como es el de la criminalidad entre las gentes de color. Yo les ruego que asistan a ellas, puesto que todos tenemos mucho que aprender del señor Orson. Por otra parte, ustedes le pueden servir de mucha ayuda para la buena marcha de sus actividades en Nueva York. Les ruego particularmente que se pongan a su disposición, por si él necesita de su ayuda. El señor Orson está a la recíproca, y contestará con mucho gusto a cuantas preguntas quieran formularle.

Casi todos los presentes contestaron con un gruñido más o menos inteligible.

De sobras conocían aquellas cortesías y aquellas obligaciones recíprocas a que los jefes se veían sometidos para seguir gozando de un buen cartel político. Pero a ellos todo eso les importaba un rábano. Cada grupo de agentes tenía sus líos, sus casos para resolver, y ahora solo faltaba que aquel gordo llegara desde el sur

para hacerles perder el tiempo.

Nat, especialmente, se sentía molesto.

No le resultaba agradable la figura de Orson, ni le hacía gracia recordar lo que ya sabía de él.

Nat pensaba que, por principio, por verdad que dimanaba del mismo Dios, todos somos iguales en cuanto a nuestra sustancia. Las diferencias que existen entre los hombres, son accidentales. En último término, todo el mundo tiene derecho a vivir y a ser respetado. El que aquel hombre fuera responsable indirecto de la muerte de una mujer, le llenaba de una secreta repulsión.

Pero Orson sonreía amablemente. Y dirigió unas corteses palabras de agradecimiento antes de preguntar:

—¿Alguno de ustedes necesita algo de mí?

Por pura cortesía, un jefe de grupo dijo que le interesaría saber algo sobre las nuevas cárceles experimentales en el sur, cárceles donde los guardianes estarían suprimidos. Orson contestó a la pregunta con bastante detalle, y luego sacó un largo cigarro de uno de sus bolsillos, disponiéndose a encenderlo.

Extrajo para ello un encendedor de oro.

Nat dijo en voz alta:

—No le dé vergüenza emplear el otro, el encendedor viejo. Aquí todos somos compañeros de profesión.

Orson desvió la cabeza hacia él.

Le miró con sorpresa.

—Diantre, eso sí que es curioso... —dijo sonriendo—. Poquísimas personas saben que yo llevo siempre encima mi viejo encendedor, uno que le robé a un chico muerto durante la ya lejana guerra de Corea. No lo empleo casi nunca en público porque está muy descascarillado. ¿Pero usted cómo lo sabía...?

Nat fue a decir algo. Y de pronto se encontró con la boca abierta y sin que de esta surgiera una sola palabra.

Cierto... ¿cómo lo sabía?

A él no se lo había dicho nadie. Tampoco había visto jamás a Orson, excepto en alguna lejana fotografía.

Entonces, ¿cómo sabía eso? ¿Por qué? ¿Por qué?

Una fría sensación de horror le invadió.

De pronto creyó estar en el fondo de una sima, junto a las escaleras que llevaban al infierno.

Todos los rostros se habían vuelto hacia él.

Ojos expectantes le miraban.

Orson seguía sonriendo, pero su sonrisa seguía siendo cada vez más seca.

—Por favor —insistió—, ¿cómo lo sabe?

Nat tragó saliva.

Sus ojos se habían vuelto turbios.

—Lo leí cierta vez en una entrevista —dijo al fin, no sabiendo cómo salir de su extraño apuro—. El reportero dijo que usted siempre llevaba ese encendedor encima.

—No recuerdo haber hablado de ese detalle en ninguna de las entrevistas que me han hecho —dijo Orson entrecerrando los ojos.

—Le debió mencionar sin darse cuenta.

—Sí, claro. Eso... eso debe ser.

Pero Orson no tuvo oportunidad de insistir sobre aquel punto porque otro de los oficiales hizo una nueva pregunta. La conversación se generalizó durante algunos instantes, y al fin se disolvió la improvisada reunión.

Todo el mundo había olvidado el detalle del encendedor, menos Orson —quien, sin embargo, no daba a aquello demasiada importancia— y Nat.

Nat sí que daba importancia al detalle.

Ni aunque le matasen, ni aunque le vaciaran el cerebro, ni aunque le cambiaran toda la sangre era capaz de decir dónde infiernos había sabido él aquello.

No se lo había dicho nadie.

No lo había oído comentar en ninguna parte.

No lo había leído en ningún sitio.

¡Pero lo sabía! ¡Lo sabía con tanta perfección como si acabase de adivinarlo él mismo!

Como si acabase de adivinarlo...

Nat quedó sentado en el sillón frontero a su mesa, con los ojos dilatados, sintiendo que por delante de su vista pasaba como un negro horizonte de horror.

Cuando entró su jefe inmediato a encargarle que investigase sobre un cadáver hallado en las aguas del Hudson, lo encontró así, como ausente del mundo.

—¿Qué te sucede, Nat?

—Na... nada.

—Diríase que tienes una cosa que no has tenido nunca.

—¿El qué?

—Miedo.

Nat cerró la boca. No se atrevió a contestar. No se atrevió a decir que no tenía miedo, porque la verdad era que lo estaba teniendo.

Y lo peor era que no veía modo de salir de aquel extraño círculo en que se hallaba metido. Aquel círculo que, poco a poco, le iría llevando hasta las profundidades del infierno.

DIEZ

—LO curioso es que no sé cómo sucedió eso —murmuró Nat, mientras bebía un sorbo de su alto vaso de whisky—. Fue algo instintivo, como si yo dijese algo que sabía desde muchísimo tiempo antes y que fuera lo más natural del mundo. Cuando a uno le preguntan qué es esa cosa redonda que ilumina la tierra durante el día, responde sin vacilar: “¡El sol!” Y nadie recuerda cuándo aprendió eso. Nos da a todos la sensación de que lo sabemos desde siempre. Pues algo parecido me ocurrió al verle sacar aquel encendedor de oro. Pensé: “Dile que saque otro. Dile que use el encendedor viejo, el que lleva siempre”. Y lo dije. Luego me he vuelto loco pensando cómo diablos pude yo averiguar aquello.

Sonia, que le había escuchado atentamente, le acarició la mano por encima de la mesa. En aquel gesto no hubo nada, excepto compañerismo, un compañerismo que Nat supo agradecer.

Porque en estos momentos se sentía desesperadamente solo.

—Debe ser lo que allí dijiste —musitó Sonia—. Tú has leído eso en algún sitio, pero ya no recuerdas dónde.

—No, no lo he leído.

—¡Pero es que tiene que ser así, Nat! ¿No comprendes que de otro modo no tiene explicación?

Nat se estremeció. Eran aquellas palabras, justamente, las que nunca hubiera deseado oír.

Lo que a él le había sucedido no tenía explicación. Tampoco la tenía lo que le ocurría a Fox.

Recordó la expresión angustiada, temerosa de este. Fox tenía miedo de saber. Fox había llegado a los umbrales del séptimo infierno. Estaba allí sin saber cómo y no podía escapar ya. ¡No podría escapar nunca!

¡Como tampoco podría escapar él! ¡Él, Nat, estaba hundido en el

mismo misterioso pozo de horror!

—Solo habría una explicación, aunque a mí personalmente me parece demasiado extraña —murmuró Sorna.

—¿Cuál?

—Tú supiste eso en el apartamento de Fox.

—¡Pero si no hablé allí con nadie, excepto contigo! ¡Fuiste el único ser vivo a quien vi!

—¿Leíste algo?

—Nada.

—¿Y soñaste? Ya sé que eso no es una explicación, pero por algún lado tenemos que buscar. ¿Soñaste?

—¡Ni siquiera eso! ¡Ni siquiera soñé!

Nat recordaba con gran perfección que se había dormido intensa y profundamente. No se había despertado una sola vez, excepto cuando oyó los leves ruidos producidos por Sonia. No había soñado absolutamente nada, y cuando salió del apartamento tenía la mente en blanco.

Era eso lo que le sumía en una terrible crisis.

En solo unas pocas horas, parecía haber envejecido.

Se sentía hundido, sin fuerzas, y las comisuras de sus labios se hundían formando dos arrugas junto a su boca.

En ese momento vio con el rabillo del ojo que alguien más entraba en el bar.

Era el mismo donde solía ir por las tardes, cuando un momento de calma lo permitía y el mismo donde había conocido Fox.

Y en ese momento tuvo un sobresalto, porque era precisamente Fox el que entraba.

Pesaroso como de costumbre, igual que si estuviera asustado de su propia vida, Fox se sentó en una de las mesas situadas al fondo y miró al frente con los ojos vacíos.

Nat se acercó a él.

También él tenía los ojos vacíos, y también su expresión se parecía en cierto modo a la de Fox.

Era como si la misma maldición hubiera caído sobre los dos. Como si ambos estuviesen hundidos en el mismo infierno.

—Hola, Fox —dijo Nat, suavemente.

—Hola. Perdona que no le haya saludado al entrar; no le he visto —dijo Fox, educado como siempre.

—No tiene importancia. Me dijeron que se había ido usted a Boston por unas horas.

—Sí. La policía me citó. No sé qué ocurre que hace unos días que no me quito a los policías de encima.

—¿Algo grave?

—No. Solo una información sobre un accidente, pero resultó que se habían equivocado. Fue un accidente que yo no presencié. Los policías se disgustaron mucho, me ofrecieron toda clase de excusas y me abonaron los gastos. Pero a uno siempre le fastidia ir a Boston para no hacer absolutamente nada útil.

—Señor Fox...

Fox le miró.

Se dio cuenta de que en los ojos de Nat había un extraño horror, algo que él mismo había visto muchas veces en sus propios ojos, al mirarse al espejo.

—Señor Nat, ¿qué le ocurre?

Sonia, sin ser llamada, se había ido acercando inconscientemente. Ahora eran tres en la conversación, pero ninguno de los dos hombres se había dado cuenta.

—Oiga, Fox, quiero hacerle una pregunta. ¿Cómo vive usted en su apartamento?

—¿Yo? ¿Por qué me hace esa pregunta tan tonta?

—Por favor, contésteme.

—Pues vivo como todo el mundo. Tengo allí algunos libros, algunas revistas, un aparato de televisión, un tocadiscos... Podría pasar bastantes horas allí, pero me gusta callejear por la ciudad. Cuando me encierro entre aquellas paredes es solamente para dormir.

—¿Ve allí algo?

—¿Qué quiere decir? ¿Pero qué clase de tonterías está preguntando hoy, Nat?

Nat se mordió el labio inferior.

De sobra sabía él que eran tonterías.

Él también había adivinado ya una cosa, y, sin embargo, no se le había aparecido nadie.

¿Pero qué iba a hacer? ¿Qué otra fuente de información tenía, excepto el propio Fox?

—¿Se le aparece alguien? —preguntó.

—¿Y quién se me va a aparecer?

—No lo sé... Su madre... o su hermano, por ejemplo.

—Su lenguaje es de lo más absurdo, Nat. Mi hermano está vivo y no puede pasar por las paredes. En cuanto a mi madre dudo que lo haga, pero ojalá pudiese. Yo la quería de verdad. Daría cualquier cosa por volver a verla. Desgraciadamente... —sus labios se torcieron en una mueca—. Desgraciadamente mi madre está muerta, y a los muertos no vuelve a verlos nadie.

Hizo una pequeña pausa antes de añadir:

—Aquel apartamento es el reino de la soledad. Nadie viene por allí, nadie me visita. Durante horas y horas no oigo más que mi propia respiración, cuando me encierro entre aquellas paredes. Cierto que podría poner algunos discos, o conectar la televisión, pero desde hace algún tiempo ni eso me distrae. Afortunadamente duermo bien. ¡Solo me faltaría eso, no poder cerrar los ojos! Creo que me volvería loco.

Nat tragó saliva.

Se daba cuenta de que Fox era sincero, con esa dolorosa sinceridad de los hombres que sufren.

Ni una sola de sus palabras dejaba de ser verdad.

—Usted ha adivinado cosas, Fox —dijo suavemente.

—¿Qué pretende? ¿Acusarme otra vez?

—¡Oh, olvídelo! —Nat hizo un gesto de fastidio, como si alejara una mosca—. Aquello es agua pasada. Aunque la parezca mentira, lo único que estoy intentando hacer es ayudarle.

—Le creo —dijo Fox—. Le creo porque usted también sufre.

Nat desvió la mirada.

Le producía una intensa turbación que aquel hombre pudiera leer sus pensamientos.

—¿Qué siente cuando adivina las cosas? —murmuró.

—¿Yo? Nada.

—¿Qué sintió, por ejemplo, cuando escribió el nombre de Burgess en aquella esquelera mortuoria?

—No lo pensé... De repente supe que Burgess iba a morir... Fue como si ya lo supiera desde mucho tiempo atrás. Ni siquiera me asusté ante ese pensamiento. Cosa extraña, me parecía lo más natural del mundo. Ahora me doy cuenta de que aquello era casi terrible, pero escribí el nombre en la esquelera con la mayor

simplicidad. Era igual que si automáticamente hubiera escrito mi propio nombre.

—¿Es capaz de decir cuándo va a morir usted mismo, Fox?

Fox se sonrojó.

—Oh, no...

—¿Adivina otras cosas?

—¡Pero si yo no adivino nada! En eso sufre usted una confusión, Nat. Yo solamente digo unas pocas cosas que sé.

—Pero las cosas que usted sabe aún no han sucedido. He aquí lo terrible y lo inquietante del caso —de pronto un pensamiento pareció asaltarle—. ¿Le molestaría que hiciéramos una prueba, Fox?

—¿Qué clase de prueba?

—Muy sencilla. ¿Es usted aficionado al boxeo?

—Un poco. He ido a ver algunas veces los campeonatos mundiales que de vez en cuando organizan en el “Madison”. Incluso una vez estuve en el Estadio de los Yanquis. Organizaban una gran velada, y cualquier local cerrado hubiese resultado insuficiente. Eran los buenos tiempos de Joe Louis. Desde entonces he ido poco. Joe Walcott, Sonny Liston, todos los que han venido después, no me gustan tanto.

—Bueno... —los dedos de Nat tabalearon sobre la mesa—. En este momento va a celebrarse una velada de boxeo precisamente en el Madison Square Garden. No es una velada importante. Falta una hora aproximadamente para que empiece el combate de fondo, que tendrá lugar entre “Tiger” Ray y un chileno llamado Acevedo. ¿Es usted capaz de decirme quién va a ser el ganador?

Fox quedó un momento perplejo.

Parecía como si aquella pregunta le desorientase, como si no supiera por qué demonios se la hacían.

Al fin susurró:

—No lo sé.

—¿No sabe usted las cosas por instinto? ¿No tiene la sensación de que eso lo sabía ya?

—No, eso no lo sé.

—De todos modos diga un ganador.

Los ojos de Fox se iluminaron de pronto.

Dijo con una extraña entonación:

—“Tiger”.

—De acuerdo. No sabe cuánto se lo agradezco, Fox.

—¿Por qué? ¿Qué va a hacer? ¿Piensa apostar?

—No, de ningún modo. Solo quería estar seguro del hasta dónde llegan sus facultades. ¿Quiere un whisky?

—Casi nunca bebo, pero se lo aceptaré.

Nat encargó al camarero que se lo sirviese, y estuvieron hablando los tres de temas que no tenían nada que ver con lo anterior, hasta que a Nat lo reclamaron desde la Brigada.

Como suele suceder a veces en la violenta Nueva York, se había producido de repente un aluvión de problemas. Nat hubo de estar trabajando hasta las tres de la madrugada.

Pero no se atrevió a preguntar aquella noche el resultado del combate entre "Tiger" y Acevedo.

Tenía miedo de saberlo. Tenía miedo de constatar que Fox había acertado otra vez.

ONCE

A la mañana siguiente, hacia las once, cuando se dirigía hacia la Brigada, compró el periódico en el lugar de costumbre.

Su corazón latía aceleradamente cuando desdobló el ejemplar por la página de deportes.

Al principio no se atrevió a mirar. Cerró los ojos y luego los abrió de repente.

Quedó como paralizado.

¡Había ganado Acevedo por K.O.!

¡Fox se había equivocado la noche anterior! ¡El pronosticó la victoria de “Tiger”, y, sin embargo, Acevedo había ganado de una manera clara, rotunda, por K.O. en el octavo asalto!

Nat dobló el periódico con gesto de alegría. Entró en el bar más próximo de entre los que tenían licencia para despachar bebidas alcohólicas, y se atizó un whisky doble mientras le brillaban los ojos.

¡En el fondo todo era una casualidad! ¡Fox había demostrado que era incapaz de adivinar las cosas! Se produjeron dos o tres casualidades seguidas, y eso era todo. No había por qué inquietarse. Detrás de Fox no palpitaba ningún misterio, ninguna cosa siniestra. Nada, al fin y al cabo. ¡Todo había sido una casualidad!

Cuando Nat entró aquella mañana en su despacho de la Brigada, parecía haber rejuvenecido de nuevo.

Sus ojos brillaban llenos de alegría, y sus labios se separaban en una sonrisa que le llenaba la cara.

Pero de pronto aquella risa se le quedó seca.

Orson estaba en su despacho.

Orson, con su tripa prominente y su aspecto de buen vividor de las tierras del sur, le miró como si se tratase de un bicho raro a través de la distancia.

—Hola, Nat.

—¿Qué se le antoja, Orson?

No había cortesía en la voz de Nat. No necesitaba fingir ante aquel hombre que desde el primer momento se le había hecho profundamente antipático.

—Quería hablar con usted.

—Desembuche lo que sea.

—Parece que no le gustan las visitas, ¿eh?

—Tengo trabajo.

—Usted tiene autoridad aquí, pero quizá, si un día se presentara en Little Rock las cosas serían distintas.

—No sé si algún día me dejaré caer por allí. Pero vamos al asunto, Orson. Siéntese y beba un trago, si le apetece. Tengo una buena botella en el cajón, y puedo hacer que nos traigan vasos. ¿Un cigarro?

—Gracias, fumaré de los míos.

Orson extrajo un delgado habano de uno de los bolsillos de su chaleco y lo encendió calmosamente.

Lo encendió a propósito con el mechero viejo.

—Quería hablarme de eso, ¿verdad? —preguntó Nat.

—Justamente. Me extrañaron sus palabras del otro día. Luego estuve haciendo memoria, y no recuerdo haber hablado de esto con nadie.

—Es absurdo.

—¿Por qué?

—Todos sus compañeros de profesión de Little Rock sabrán que tiene usted ese encendedor y que lo aprecia especialmente.

—Pero usted no ha hablado con ninguno de ellos ni ha estado jamás en aquella ciudad.

—No.

—Entonces...

—Algunas de las personas que usted detuvo a lo largo de su vida pueden también saberlo.

—Apenas detengo a nadie.

—Pero no hace mucho tiempo hubo un linchamiento en su jurisdicción. Usted tuvo una cierta participación en él.

Orson enrojeció.

No le gustaba aquel tema, y ello se notó en la forma como se

hincharon las venillas de sus sienes.

—¿Se refiere al asunto de la bruja?

—Nadie ha dicho que lo fuese.

—Hablemos claro.

—Ya lo estamos haciendo.

—¡Quiero saber qué clase de maldito interés tiene usted en ese asunto, Nat! ¡En Little Rock ya nadie habla de él! ¡Es un caso enterrado, que no hay por qué resucitar! ¡Y si usted piensa armar una campaña de Prensa o algo parecido, le juro que...!

Nat dio un puñetazo en la mesa.

Lo que peor le sabía de todo aquello era que habían chafado su buen humor. Solo ver a aquel hombre le ponía irremediablemente nervioso.

—¡No pienso iniciar ninguna campaña de Prensa ni nada parecido! —gritó—. Soy un agente de la Brigada de Homicidios y tengo, ante todo, un deber que cumplir. Lo que sucedió en Little Rock no me importa, pero de todos modos tampoco me agrada su presencia aquí, Orson. Y como no sé de dónde vino lo de su encendedor ni me interesa, lo único que deseo preguntarle es cuánto piensa permanecer todavía en Nueva York.

Orson torció el gesto.

—Voy a irme pronto. Quizá solo unas horas. ¿Está satisfecho? Pienso asistir esta noche a un concierto que dan en el “Metropolitan”, ese viejo edificio lleno de telarañas que ustedes consideran como un templo de la Opera, y luego es posible que me largue enseguida. Pero sin asistir al concierto no me voy. Una de las cosas que me atraían de Nueva York es precisamente esa. Y si quiere saber qué piezas tocan, también le leeré el programa, aunque dudo que a las obras y los intérpretes los haya oído usted mencionar una sola vez.

Nat quedó quieto.

Sus manos se inmovilizaron sobre la mesa.

De pronto una lucecilla pareció encenderse ante sus ojos, una lucecilla roja que brillaba y luego se extendía repentinamente.

Apretó los labios. Él no se daba cuenta de que su rostro acababa de crisparse en una mueca.

—¿Qué le pasa? —masculó Orson.

Nat dijo de pronto:

—No vaya a ese concierto.

—¿Pero cómo se atreve? ¿Quién es usted para atreverse a prohibirme que vaya a...?

Los ojos de Nat parecían no mirar a ninguna parte.

Sus manos seguían espantosamente quietas sobre la mesa.

Le parecía oír una música lejana, una música débil y siniestra que llegaba hasta él desde más allá de las fronteras de la noche.

—No vaya —repitió.

—¿Pero por qué infiernos...?

—¿Interpretan en ese concierto una pieza en la cual los tambores suenan intensamente durante casi veinte segundos?

—Yo creo que... —Orson parecía completamente aturdido—. Bueno, yo creo que sí. Es un arreglo sobre una pieza de Prokofieff. Pero ese arreglo no se ha estrenado aún... Solo los críticos han comentado, después de los ensayos, el efecto alucinante de esos tambores. No sabía que usted fuera un entendido en música.

—No entiendo nada.

Orson alzó la cabeza.

Le asustaba la mirada perdida, la expresión completamente vacía de los ojos de aquel hombre.

—¿Qué dice?

—Jamás he asistido a un concierto. No me gustan.

—Pero habrá leído críticas, libros...

—No.

—¿Desconoce incluso el programa que va a ser interpretado esta noche?

—Lo desconozco por completo.

—Pero...

Nat apenas sabía por qué hablaba. Nat solo sabía que estaba hablando de algo que ya creía conocer desde mucho tiempo atrás.

—No vaya a ese concierto, Orson.

—¿Por qué me lo dice?

—Es mi deber. No me resulta usted simpático, ya lo sabe. Pero tampoco quiero dejar de advertirle.

—¿Advertirme... de qué?

Nat dijo por entre sus dientes apretados, con una voz que parecía llegar desde muy lejos:

—Advertirle de que morirá.

Caminaba por las calles como un sonámbulo.

No se percataba de que la gente tropezaba con él. No se daba cuenta de que apenas veía los objetos que estaban en torno suyo. Los rayos de sol de aquella clara tarde no parecían llegar hasta él. Era como si flotase en un mundo de tinieblas.

Nat no quería creer en sus propias palabras, no quería creer en lo que había dicho a Orson.

¡Pero él lo sabía! ¡Sabía que Orson iba a morir!

Esta certidumbre —la seguridad de haber sacado de sus entrañas un horrible secreto— no le dejaba vivir.

Caminó a lo largo de la Séptima Avenida hasta su cruce con Broadway. Se encontró en Times Square sin haberse dado cuenta, entre las docenas de anuncios luminosos que comenzaban a encenderse, entre la gente ya no tan agitada como la de horas antes — y que comenzaba a deambular en busca del espectáculo que más le interesaba.

Un poco más abajo estaba el edificio del "Metropolitan Opera House", una vieja y venerable estructura que aún atesoraba, dentro de su fealdad, los mejores recuerdos de la antigua Nueva York.

Ninguna localidad se había ocupado aún. Era demasiado pronto. Las puertas ni siquiera estaban abiertas.

Nat mostró su credencial a uno de los empleados y entró en la silenciosa sala;

Los músicos preparaban sus instrumentos, junto al escenario, con una especie de religioso ritmo. El telón se había iluminado para las pruebas de luces. Debido a figurar en el programa algunos números de ballet, la orquesta ocupaba su puesto tradicional, y no había sido instalada en el escenario, como ocurre en la mayor parte de los conciertos. Algunos acomodadores silenciosos y hostiles revisaban el buen orden de todos los asientos.

Nat se detuvo en la entrada del patio de butacas, sin acertar a comprenderse a sí mismo.

¿Era posible que allí fuera a cometerse un crimen? ¿Y era posible que él hubiese adivinado quién tenía que morir?

Contempló los tambores, alineados con los otros instrumentos de la orquesta.

Observó aquellos instrumentos, ahora mudos, y que luego desencadenarían la muerte.

Uno de los encargados se acercó. Debían haberle avisado que acababa de llegar un policía.

—¿Es que ocurre algo?

—Nada.

—¿Se ha recibido acaso algún aviso? A veces, en esta clase de funciones de gala, se recibe la advertencia de algún bromista o algún loco que asegura que debajo de las butacas hay colocada una bomba. ¿Sucedre algo así?

Nat dijo con voz lejana:

—Nada. Nada absolutamente.

—De todos modos puede usted revisar lo que quiera. Estamos a su disposición.

—Gracias.

Nat echó a andar lentamente. Revisó las inmensas naves situadas tras el escenario, y donde se movía afanosamente un pequeño ejército de operarios y de técnicos, cada vez más numeroso. Se introdujo en los palcos. Paseó por los corredores aún desiertos, pero donde empezaban a oírse rumores del público que llegaba.

Su cabeza zumbaba.

Sentía repercutir en las sienes el golpeteo sordo de su corazón desbocado.

De pronto, desde uno de los palcos, por entre una rendija de las cortinas, miró hacia abajo.

Vio con sorpresa que el patio de butacas casi estaba ya lleno. El público iba llegando con puntualidad y una sorprendente rapidez.

El hecho de que no se permitiera la entrada una vez iniciado el concierto, hacía que la gente se apresurase.

Desde su puesto de observación, Nat vio a Orson, que tomaba asiento en una de las butacas.

Vestía un impecable *smoking*, y parecía muy satisfecho de encontrarse allí. La advertencia de Nat no debía haberle impresionado ni poco ni mucho. Quizá le consideraba un loco.

Nat, como hipnotizado, le miró fijamente. Escrutó los rostros de las personas que estaban cerca de él. Intentó comprender quién y en qué circunstancias podría matarle.

No vio un solo rostro conocido a través de los ficheros, no captó

una sola expresión sospechosa.

De pronto se hizo el silencio.

El concierto iba a empezar.

Una especie de calma augusta, expectante, llenó la sala entera.

Los tambores se dispusieron a sonar.

Nat contuvo la respiración, mientras el director levantaba la batuta para iniciar el compás primero.

DOCE

UNA voz dijo a su espalda:

—Perdón...

Nat se volvió. Dos hombres y dos mujeres, impecablemente vestidos, estaban en la puerta del palco junto con un acomodador.

Debían ser, indudablemente, los que habían alquilado aquella localidad. Nat se excusó, con un movimiento de cabeza, y salió de nuevo al pasillo. Algo muy extraño debía haber en su cara, porque notó que todos le miraban como si fuese un bicho raro.

Por el pasillo encontró a otro tipo vestido de *smoking*, que caminaba apresuradamente. Llevaba un programa en la mano.

—Discúlpeme —preguntó Nat—, ¿en qué orden está programada una pieza que es un arreglo de Prokofieff?

El tipo también le miró como un bicho raro. A todos debía impresionarles la mirada lejana, perdida, de los ojos de Nat. Pero consultó el programa y contestó en voz baja:

—Es la segunda pieza que interpretará la orquesta. Dentro de unos veinte minutos.

Nat entrecerró los ojos.

¡Veinte minutos!

¡Veinte minutos para evitar un crimen, veinte minutos para averiguar por qué infiernos sabía el todo aquello!

Se movió silenciosamente tras las butacas de la platea. Sus ojos escrutaban todos los rostros, vigilaban cualquier cambio de actitud, cualquier movimiento sospechoso en torno a la figura de Orson, pero sin poder distinguir nada que significase una amenaza para la vida de este.

Terminó la primera pieza.

Sonaron ovaciones, aplausos entusiastas y silbidos. Luego, de un modo casi repentino, se hizo el silencio. Un silencio augusto, casi

religioso, que llegaba a sobrecoger.

Nat no tenía ojos más que para los tambores, los tambores alineados ante cada uno de los cuales ya estaba sentado un músico.

El director alzó la batuta.

Con un arranque demasiado impresionante, demasiado brusco, la pieza empezó. En el arreglo se habían exagerado demasiado las notas agudas, hasta producir una cierta sensación de caos. Los sonidos, demasiado estridentes, aplastaban materialmente la sala. Todo el mundo estaba expectante, como anonadado por aquel torrente de notas que se sucedían con demasiada rapidez.

Nat pensaba desesperadamente.

Intentaba encontrar en el fondo de su cerebro la respuesta a la pregunta más inquietante: ¿Quién cometería el crimen? ¿Dónde se ocultaba en estos momentos el futuro asesino?

Pero no hallaba nada, no encontraba la respuesta. Él, que había previsto el crimen, era incapaz de adivinar sus circunstancias. ¿Cómo era posible que supiera una cosa y no la otra? Y en último término, ¿por qué sabía todo aquello?

No pudo seguir pensando.

Los músicos encargados de los tambores levantaron sus palillos.

De pronto se volvió a producir el silencio.

Pareció como si algo se hubiera roto de pronto, después del estrépito anterior; como si el mundo se hubiera detenido de súbito.

Nat había contenido la respiración.

Los tambores iniciaron su ritmo.

Ocho segundos, diez...

El ritmo crecía.

El sonido de los tambores se hacía más duro, más insistente, más áspero. Nat sabía que iba a durar veinte segundos aproximadamente. Con el corazón en suspenso, con todos los músculos tensos, aguardó el fin. De pronto los tambores rompieron en un duro estrépito final. Y al instante, con una sincronía matemática, se produjo el silencio.

Nat suspiró aliviado.

Ya había transcurrido el momento fatal. Y no había ocurrido absolutamente nada.

En ese instante sonó un alarido.

Fue un alarido ronco, infrahumano, que parecía llegar a las más

profundas simas del horror.

Inmediatamente sonaron otros gritos. Un pequeño tumulto se formó en el patio de butacas.

Nat miró al lugar donde estaba Orson. Con la tensión anterior, mirando a los tambores, no había vuelto a fijarse en el lugar donde se encontraba el policía.

Claro que tampoco hubiera evitado nada.

La muerte había llegado desde el cielo, desde el aire.

Orson tenía la cabeza materialmente abierta en dos. Una bala del calibre nueve, disparada a corta distancia, acababa de partírsela.

Ninguno de los que estaban a su lado se había dado cuenta hasta el instante en que el ruido de los tambores cesó. Ni el mismo Orson debió advertir que moría. Simplemente cayó un poco de costado, y su sangre manchó el vestido de la dama que se sentaba a su izquierda. Era ella la que acababa de lanzar el alarido de horror, debatiéndose ahora en la crisis de un ataque de nervios.

Nat miró hacia los palcos del primer piso. Una sola ojeada a la postura del cadáver había bastado a sus ojos expertos para saber la trayectoria que a la fuerza hubo de seguir la bala.

Un proyectil capaz de abrir la cabeza en dos, había tenido fuerza suficiente para obligar a todo el cuerpo de Orson a inclinarse en el mismo sentido de la trayectoria del disparo. Si él estaba caído a la izquierda, la bala había venido de la derecha, e indudablemente desde un ángulo superior.

De uno de los dos palcos que tenían las cortinas corridas.

Nat miró hacia allí, y entonces vio como el destello fugaz de un rostro que se ocultaba. Apenas pudo precisarlo, pero inmediatamente aquel rostro le recordó a alguien.

¿Quién?

Nat no podía entretenerse en recordar. Con la velocidad de un gamo saltó al patio de butacas. Se asió a una de las columnas que sostenían el semicírculo del piso superior... ¡y trepó por ella!

Algunos debieron creer que era el asesino. Sonaron gritos. Nat se dio cuenta de que se exponía al disparo de algún policía demasiado celoso de su cargo.

Pero nada sucedió. Todo se desarrolló con tanta rapidez que no dio tiempo para reaccionar a nadie.

De pronto Nat se encontró en la oscuridad de un palco que tenía

las cortinas corridas.

Se dio cuenta, demasiado tarde, de que, llevado por su ímpetu, acababa de cometer un error. La puerta del antepalco estaba abierta... ¡y en ella se movía una sombra!

El disparo casi le dejó ciego.

Ahora el estampido se escuchó en toda la sala, y adujo nuevos gritos de horror.

A causa de la misma oscuridad, el asesino no le había alcanzado del todo. Nat solo sintió una quemadura en el brazo izquierdo y se dio cuenta de que acababan de perforárselo limpiamente. De un modo maquinal movió enseguida los dedos y alzó un poco el brazo para convencerse de que el hueso no estaba astillado. Pero inmediatamente el dolor le hizo encogerse, cayendo en tierra.

Fue eso lo que le salvó la vida.

El segundo disparo salió un poco alto, pasando casi materialmente entre los cabellos de su cabeza.

El asesino era un hombre rápido. Se dio cuenta de que no tendría una nueva oportunidad, y optó por la huida.

La puerta que llevaba desde el palco al pasillo, se abrió y cerró en menos de un segundo.

Nat fue tras él.

Se encontró, con gran sorpresa, entre un verdadero tumulto de personas que chillaban y se empujaban unas a otras. Algunas mujeres gritaron al ver su expresión y la sangre que corría por un lado de su americana. Otras, más elegantes, se desmayaron aparatosamente. Hubo una, muy refinada, a quien le dio por arreglarse el ligero. Y quien dijese que de veinte hombres diecinueve dejaron de mirar a Nat, para posar sus ojos en la damisela, no exageraría nada.

Pero el asesino había desaparecido. Entre el tumulto, nadie parecía haberse fijado en él de una manera clara.

Nat miró alternativamente a un lado y a otro. Tenía que adivinar la dirección seguida por el asesino.

Por un lado podía haber ido a la salida del local. Por otro, a través de una puertecilla situada al fondo, podía haber intentado llegar hasta las enormes dependencias situadas tras el escenario.

Todo dependía de cómo fuera vestido. De si se había introducido en el teatro como un espectador más o bien disfrazado de operario.

Nat eligió la segunda solución.

El asesino no podía haber alquilado el palco, para tener la seguridad de encontrarlo vacío, pero llegando hasta él a través de los corredores desiertos, una vez empezado el concierto, vistiendo un mono de tramoyista. De este modo escapaba al control a que sin duda sería sometido al público, antes de permitirle abandonar la sala.

En efecto, ya sonaban en las puertas exteriores unos gritos de distinta clase. Gritos de indignación.

Sin duda la policía acababa de cortar las salidas, exigiendo su documentación a todos los que intentaban abandonar el “Metropolitan”.

Nat abrió la portezuela y se encontró en una especie de pasillo colgante con barandilla metálica, bajo el cual corrían unos cuantos empleados sin saber exactamente a dónde ir. Posiblemente pensaban bajar el telón metálico, imaginando que se había declarado un incendio.

Por unos momentos, escrutando desde arriba, Nat se sintió completamente desorientado.

¿Cuál de aquellas figuras humanas, parecidas a hormigas, correspondía al asesino? ¿Cómo podría él encontrar al que buscaba, entre docenas de hombres vestidos de igual modo?

No vaciló más.

Descendió por unas escaleras metálicas, haciéndolas temblar con la velocidad de sus movimientos.

Abajo reinaba la confusión. Muchos empleados corrían hacia la salida. Nat comprendió que el asesino estaría entre ellos y corrió también.

Muchas zonas estaban oscuras. Se oían gritos que parecían llegar desde el fondo de las tinieblas.

De pronto tropezó.

Cayó cuan largo era, lanzando una maldición, y entonces comprendió que no había caído por sí solo.

Acababan de hacerle la zancadilla. Desde la zona de tinieblas que tenía a su izquierda le estaba contemplando la propia muerte.

Dio dos vueltas sobre sí mismo, mientras un terrible martillazo hundía el suelo justo donde unos segundos antes él había tenido situada la cabeza.

El asesino no se atrevía ya a emplear la pistola. Disponía en cambio de una fulminante maza, con una cabeza de hierro con peso superior a los cinco kilos. La cabeza de Nat, caso de ser alcanzado, hubiese quedado convertida en pulpa.

El joven solo pudo ver dos manos y el principio de dos mangas de color gris.

Se apartó apoyándose en el brazo derecho, que era el único útil. El izquierdo le dolía cada vez más, produciéndole incluso una sensación de pérdida del equilibrio. Oyó entonces unos pasos que se alejaban y comprendió que el asesino huía otra vez.

Las tinieblas lo envolvían todo en aquella zona. Seguirle era exponerse a una nueva trampa.

Pero Nat no vaciló.

Con los dientes apretados, dominando el dolor, se perdió entre un maremágnum de cuerdas, de ganchos de hierro, de extraños y enormes decorados entre los cuales hubiera podido ocultarse un ejército de hombres.

El silencio, allí, volvía a ser sobrecogedor.

Solo el sonido quedo de los pasos de su misterioso enemigo parecía guiarle a través de las inmensas telas pintadas, de las cuerdas que no tenían fin, de un universo negro que parecía perderse en las mismísimas entrañas de la noche.

De pronto una puertecilla se abrió y se cerró ante él, con la velocidad de un parpadeo.

Nat la abrió de un puntapié y se encontró hundido en un extraño e increíble universo.

Todas las épocas y todos los ambientes parecían haberse reunido allí, como si, en virtud de un milagro, el paso de los siglos hubiera dejado de existir de pronto.

Docenas y docenas de trajes, unos colgados y otros puestos en maniqués, se distinguían a la luz queda de unas bombillas polvorientas, colgadas del techo. Todo lo necesario para los comparsas de un considerable repertorio de óperas estaba allí. Ropas europeas del Renacimiento, del Imperio, armaduras medievales, hábitos de monje, ornamentos episcopales, todo estaba mezclado en una aparente confusión que trastornaba los sentidos.

Nat miró desorientado en torno suyo.

Imposible saber dónde se había ocultado el asesino. Un ejército

de policías no lo encontraría allí en dos semanas, a menos que vaciase el enorme local.

Y el silencio volvía a ser absoluto...

Estaban los dos aislados del mundo, como hundidos en su propia tumba.

Nat caminó por entre las filas de maniqués, procurando ir por el centro, para que no pudieran sujetarle dos zarpas salidas desde detrás de cualquiera de ellos.

Sabía que su enemigo debía conservar la pistola. Si hacía un disparo allí, probablemente no lo oirían desde fuera.

Y le alcanzaría con toda seguridad; eso no podía dudarlo.

La certidumbre de la muerte fue tan intensa en Nat que este casi creyó sentir el contacto físico de la bala.

Su frente se había cubierto de un sudor helado. Y el mismo sudor frío resbalaba por su espalda.

De pronto se volvió.

Acababa de oír un sonido suave, chirriante, que no podía ser más que el de la puerta al abrirse y cerrarse.

Por un momento pensó Nat que el asesino había escapado.

Y quizá era así, pero la sensación que tuvo Nat fue justamente la contraria. La sensación de que alguien acababa de entrar. Fue una de esas cosas que no tienen explicación, pero él hubiese jurado que el asesino seguía allí. Que quizá había hecho aquello con el solo objeto de desorientarle.

No cambió el sentido de sus pasos.

Siguió caminando, y de pronto algo silbó sobre su cabeza. Cuando quiso apartarse, ya no tuvo tiempo. Lo único que consiguió ver fue que se trataba de una cuerda en la cual alguien había hecho un lazo.

¡Una verdadera sogá, con la cual iban a ahorcarle!

Llevó las manos al cuello, pero ya era tarde. El nudo corredizo estaba en su nuca. Cayó a tierra, mientras lanzaba un estertor, y entonces su enemigo, oculto entre el vestuario de época, tiró con más fuerza, arrastrándole materialmente.

Era una ejecución salvaje.

Otro hombre menos fuerte que Nat hubiera perdido el conocimiento, ante la terrible presión de la sogá y la inmovilización repentina de la sangre en el cerebro, que estaba a punto de

provocar, al igual que en los ahorcados, el estallido de los vasos. Pero él resistió los segundos decisivos. Sus manos fueron febrilmente hacia la sogá, aflojándola, aunque solo lo pudo conseguir de una manera muy relativa. Lo justo para no perder el conocimiento.

Movió entonces los brazos en otro sentido, aunque casi no podía hacer fuerza más que con uno de ellos. Sujetó la cuerda para evitar que su enemigo tirase de ella, aumentando hasta límites fatales la presión del nudo corredizo.

Gracias a su extraordinario vigor, pudo neutralizar con un solo brazo la fuerza que su enemigo hacía con dos. Fue arrastrado unas pulgadas, pero ya no aumentó la angustiosa presión que seguía sintiendo en el cuello. De pronto el asesino le soltó.

Nat fue lo bastante inteligente para comprender lo que sucedería a continuación.

Estaba medio aturdido en una zona relativamente iluminada. Y el primer impulso de un hombre al que han estado a punto de ahorcar es aflojar la sogá, en lo cual se emplea siempre casi un minuto, teniendo en cuenta la imperiosa necesidad de respirar que se siente cuando el cuello ha sido liberado.

Y mientras tanto su enemigo tendría tiempo sobrado para vaciarle encima las balas que quedaran en su cargador.

Nat fue lo bastante listo y rápido para comprender eso. Y lo que hizo fue lo que nadie esperaba que hiciese, porque para ello hubo de dominar el dolor insufrible que sentía en el cuello y las náuseas que le dominaban. De un salto cayó entre dos maniqués, casi justo en el momento en que a su izquierda restallaba un balazo.

La cabeza de uno de los maniqués pareció estallar.

Un segundo balazo lo levantó de nuevo, haciendo que quedase durante algunos segundos en un extraño equilibrio. Nat, de un segundo salto, se refugió entre las docenas de vestidos, donde sabía que iba a ser imposible apuntarle.

Y entonces volvió a hacerse el silencio.

Un silencio espeso, alucinante, pero donde las cosas habían cambiado. Nat no era ahora el cazado, sino el cazador.

Se aflojó la sogá de dos suaves tirones, respirando poco a poco para no hacer ruido.

El asesino podía haber sacado aquella cuerda de cualquier sitio.

Había allí docenas de ellas.

Nat caminó poco a poco, en absoluto silencio.

Había visto bien los fogonazos. Sabía dónde estaba el culpable.

De pronto vio moverse dos hábitos colgados casi juntos, y se arrojó hacia allí.

Fox chilló como una rata asustada cuando los brazos de Nat se cerraron sobre él, manchándole de sangre.

TRECE

EL propio jefe de la Brigada estaba sudoroso, con la corbata desanudada, en mangas de camisa y con la pechera completamente manchada de café, brandy, briznas de tabaco y agua que no se había secado aún. De vez en cuando, en los momentos en que el interrogatorio, parecía hacerse interminable, iba al lavabo, chapoteaba en el agua como si fuera una foca vestida, y salía de allí con bastante más suciedad que la que antes llevaba encima.

Todos sus hombres estaban por el estilo. Todos menos Nat, que con el brazo en cabestrillo no había dirigido aún ninguna pregunta a Fox.

Este, sentado bajo los focos, quieto, parecía ausente del mundo. No miraba a nadie.

Las preguntas parecían resbalar sobre su piel, sin producirle efecto alguno.

Las voces restallaban en torno suyo.

—¡Confiesa!

—¡Tenemos todas las pruebas contra ti! ¡Se te atrapó unos momentos después de disparar! ¡Llevabas en la derecha el arma homicida! No había allí más huellas que las tuyas.

—¡Lo único que queremos es evitarte jaleos y enviarte ya al fiscal con la confesión firmada! ¡Si sigues empeñado en esa actitud, no tendrás a nadie a favor tuyo! ¡No habrá quien te libre de la silla eléctrica!

—Si a la policía la ayudan, la policía también ayuda. No seas imbécil. El fiscal del distrito te empapela de todos modos. Un poco de sentido común y quizá te escapes sin que te asen. Puede haber excusas, salidas insospechadas... Nosotros te apoyaremos en el informe. De lo contrario... ¿de cuántos voltios es la corriente que pasa por la silla eléctrica, Charlie?

Charlie, un policía gordo, gruñó:

—Bastaría para hacer saltar de la cama a la marmota de mi mujer. Y mi mujer va por los cien kilos.

Fox seguía con la cabeza hundida.

Parecía que no les escuchaba.

Diríase que su verdadero mundo estaba muy lejos de allí.

Los ojos de Nat, el hombre que le había detenido, estaban posados en las manos inmóviles de Fox. Tampoco Nat, a lo largo de horas y horas de interrogatorio, había dicho una palabra.

Él también parecía hundido en aquel mundo misterioso, cuyas verdaderas dimensiones no alcanzaba a ver.

Por fin el jefe de la Brigada tomó una decisión.

—Ya hemos perdido bastante tiempo con este tipo. De todos modos las pruebas son suficientes para que lo lleven a juicio sin más trámites. Hay que trasladarlo.

Engulló una última taza de café y firmó la orden.

Telefonó al fiscal del distrito, y unos minutos más tarde contaba con la autorización verbal de este para ingresar a Fox en prisión. Los documentos oficiales serían enviados inmediatamente. Y el fiscal prometió además que haría abrir el juicio antes de los treinta días.

—Si hay un solo jurado que absuelva a este tipo, yo renuncio a mi cargo —masculló al colgar.

El jefe de la Brigada suspiró satisfecho.

—Bueno, a otra cosa.

Hubiera estado mucho más contento caso de contar con una confesión firmada, porque ahora el proceso sería mucho más laborioso. Pero el resultado iba a ser el mismo. El caso estaba resuelto.

De pronto miró a Fox como a un condenado a muerte —porque iban a enviarlo a la silla, de eso no cabía duda— y sintió sin saber por qué una viva compasión por él.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció—. ¿Café, tal vez un poco de licor? ¿Un cigarrillo?

—Nada, gracias.

—Vas a ser trasladado a la cárcel. Durante las próximas veinticuatro horas aún podrás llamarme y yo iré a visitarte, sea de día, sea de noche. Podrás firmar la confesión y contarás con nuestra

ayuda en las declaraciones. Si transcurre ese tiempo y persistes en esa actitud, allá tú —miró a Nat—. Usted lo detuvo. ¿Quiere ser el responsable de su traslado?

—¿Por qué no?

—Que le acompañe Howard. Vayan los dos en el coche celular. Y ojo a lo que ocurra. Este tipo no es ningún angelito.

Howard se puso en pie.

—Si se pone tonto ahorraremos electricidad al Gobierno —dijo, mientras encajaba bien la pistola en la funda.

Salieron al patio central. Dos coches celulares dormían allí bajo la fría noche. Un agente paseaba de un lado a otro, aburrido, con las manos a la espalda.

—Arriba con este.

El ambiente dentro del coche era opresivo. Fox, con la cabeza hundida, parecía no mirar a ninguna parte. El motor producía un runruneo que penetraba hasta el cerebro, hasta los huesos.

Tardarían casi tres cuartos de hora antes de llegar a la cárcel. Durante un largo rato nadie abrió la boca allí. El ambiente se iba haciendo por momentos más opresivo.

Al fin Fox alzó la cabeza. Musitó:

—Gracias por haberme tratado tan bien. Creí que me interrogarían con más violencia.

—¿Por qué?

—No sé, comprendo que debió ponerles nerviosos el que yo no confesara.

—Eso no tiene importancia.

—Yo soy inocente.

Las palabras de Fox quedaron temblando un momento en el aire. Los párpados de los dos policías temblaron también.

De pronto Nat susurró:

—¿Tienes un cigarrillo, Howard?

—Sí, claro.

—Por favor, pásamelo. Y dame fuego si puedes. No sé dónde he puesto los fósforos.

Nat se puso entre los labios el cigarrillo que acababa de darle su compañero. Este se acercó a prenderles fuego. Y cuando estaba inclinado sobre Nat, ocurrió la cosa más extraña del mundo.

Nat movió el brazo derecho, el que tenía en pleno uso. Y sonó

un brusco chasquido.

El policía Howard cayó blandamente, después de recibir en la nuca un impacto capaz de dejarle sin sentido por más de cinco minutos.

Fox alzó la cabeza.

En sus ojos había estupor, pero no dijo una sola palabra.

Nat pidió por la ventanilla al conductor:

—Para. Howard se encuentra mal.

El conductor paró. Los frenos del viejo coche chirriaron lastimosamente. La calle de las afueras estaba silenciosa, húmeda.

Cuando el policía abrió la puerta, Nat le aplastó la culata de su pistola contra la frente. Sin lanzar un gemido, el policía cayó con los ojos en blanco.

CATORCE

NAT lo introdujo silenciosamente en el coche celular, valiéndose de su brazo sano. Fox le seguía mirando con asombro, pero sin despegar los labios.

—Átales con sus propios cinturones —dijo—. Supongo que sabrás hacerlo.

Fox musitó apenas:

—Sí.

Los ató mientras Nat cerraba por fuera. Ahora Fox no era prisionero de la policía, sino del propio Nat. Se oyó el runruneo del motor al ser puesto de nuevo en marcha.

Nat podía conducir con la mano derecha, cambiando las marchas con la misma mano. Nada se movía en la calle húmeda y silenciosa. El oscuro coche celular avanzó penosamente, disipando las sombras con la luz incierta de sus focos.

Nat evitó el Lincoln Tunnel, a cuya entrada había taquillas de pago, y dio un largo rodeo para salir de Nueva York. Tomó la carretera de Filadelfia, muy tranquila a aquella hora. En el interior del coche se oían gruñidos y maldiciones, señal evidente de que los dos policías acababan de recuperarse, pero sin poder hacer nada.

A la derecha de la autopista había una salida hacia una carretera de primer orden. Nat la tomó, pasando de largo, a buena velocidad, ante los ojos curiosos de los empleados de las gasolineras.

Otra salida, ahora a la izquierda, llevaba a una carretera de segundo orden, y de allí a una ruta vecinal, aunque perfectamente asfaltada. Nat disminuyó la velocidad.

Un viejo caserón, situado en el fondo de un pequeño valle, apareció de repente ante sus ojos. La luna alumbraba directamente sus ventanas desvencijadas, reflejándose en los cristales. En aquella casa no debía vivir nadie, a juzgar por su aspecto abandonado y por

la oscuridad que la rodeaba. En cambio parecía haber vida en un pequeño pabellón adjunto, donde alguien, seguramente una niña, pasaba ante una ventana con una bujía encendida. Las averías eléctricas eran frecuentes allí, a causa de lo largo del tendido de aquella línea solitaria. Nat parecía esperarlo, y parecía también conocer el terreno, porque condujo con seguridad.

Unos minutos después se había detenido ante la casa.

Descendió de la cabina, tomó la llave y abrió la puerta posterior de la furgoneta. Howard, que estaba atado con las manos a la espalda, se lanzó de cabeza sobre él mientras decía unas cuantas cosas relativas a la madre de Nat. Este lo esquivó, empujándole luego brutalmente hacia el interior del vehículo.

El otro policía, el antiguo conductor, no abría la boca, pero sus ojos desorbitados eran testigos de los increíbles actos de Nat.

Este indicó a Fox que saliese.

Fox obedeció. Parecía más hundido y acobardado que nunca. Una vez fuera el prisionero, Nat cerró de nuevo la puerta. Los gruñidos de Howard duraron unos segundos, pero al fin optó por callar. Debía tener tal galimatías en la cabeza que ya no podía pensar siquiera.

Nat indicó a su prisionero:

—Entra.

La casa olía a deshabitado, a húmedo. La oscuridad era casi completa, solo quebrada por la lívida luz de la luna.

—¿No vive nadie aquí? —se atrevió a preguntar Fox.

—No. Esta casa era de mi madre. Está en venta hace mucho tiempo.

—Sé por qué me has traído aquí.

Fox estaba iluminado por la luna. Sus ojos desencajados y temerosos miraban hacia las sombras a las que estaba pegada la figura invisible del policía Nat.

—¿Sí? —preguntó este.

—Me has traído aquí para matarme.

Nat no contestó.

Su cuerpo seguía invisible entre las sombras. El silencio entre los dos hombres se hizo absoluto, casi agobiante.

Nada se oía tampoco en el exterior. Era como si los dos se encontraran en una isla desierta, en el extremo más remoto del

mundo:

—Quieres matarme —susurró Fox, al cabo de unos minutos—, porque te domina el miedo.

—¡Calla!

—Los dos hemos sido víctimas de las voces —susurró Nat.

—¿Qué voces?

—No intentes disimular, Fox. Lo que no has contado a la policía puedes decírmelo a mí.

—Nada sé de esas voces. Yo no las he oído nunca.

—Yo tampoco, pero esas voces han penetrado en el cerebro de los dos.

Los dos hombres hablaban por medio de susurros. Algo misterioso parecía flotar en las sombras, en el propio aire que les rodeaba.

—Lo comprendí leyendo una revista en que se sugería un nuevo método de enseñanza —continuó Nat con voz lenta—. Un método revolucionario, verdaderamente sensacional. Un magnetófono desgranaba las lecciones durante las noches, mientras el sujeto dormía, haciéndolo con una voz de tono y volumen determinados. El sujeto no oía nada, no se enteraba realmente de nada, pero su cerebro captaba las palabras y las almacenaba en las fronteras de lo inconsciente. En el peor de los casos le bastaba al alumno leer luego aquella lección para recordarlo. Él la sabía ya. Era como si la descubriese en el fondo de sí mismo. Este método, que ha sido experimentado con éxito en casos determinados, plantea, sin embargo, enormes dificultades para ser aplicado a escala industrial. Fue en ese momento como si una mágica luz me iluminara, y lo comprendí todo en un minuto.

Ante el silencio de Fox, quien le escuchaba con los ojos muy abiertos, prosiguió:

—Aquella era la venganza de tus antepasados, es decir de tu madre. Ella no era realmente una bruja, no era tampoco una adivina. Simplemente se enteraba de muchas cosas y sabía interpretarlas; eso hacía que en algunos momentos pareciera adivinar los hechos. Por ejemplo, una de las cosas que ella sabía era que una carrera de caballos estaba completamente trucada en Nueva York. Otra, que un guardameta de fútbol se había vendido para un partido determinado, comprometiéndose a no parar nada

de lo que ocurriera en los últimos minutos del encuentro. Otra cosa que ella sabía era que Orson tenía un viejo encendedor, recuerdo de la guerra de Corea, y que iba a viajar a Nueva York, asistiendo a un espectáculo determinado, cuyas entradas había adquirido con anticipación. Conocía las circunstancias en que iba a ser asesinado porque ella misma las determinó, así como las de Burgess, un comerciante de Little Rock de quien deseaba vengarse. Sabía que en la pequeña población la temían, la odiaban, y que algún grupo de exaltados causaría su muerte. Por eso grabó en cinta magnetofónica, en voz y frecuencia adecuadas para que aquello fuera captado en sueños, todo lo que tenía que ocurrir. Pero lo grabó aisladamente, suceso por suceso y en orden cronológico. El magnetófono fue instalado en tu casa, en un lugar donde no era visible. Allí tiene que estar y allí lo encontraremos. Se podía hacer funcionar desde fuera del apartamento, incluso desde fuera de la casa, mediante una conexión eléctrica situada en la parte posterior. Nada de esto lo he comprobado aún, pero estoy seguro de que tiene que ser así. Una cinta repitió le de la carrera de caballos durante toda la noche. Transcurrida esta, el mecanismo eléctrico cambió la cinta, sustituyéndola por la que hablaba de la muerte de Burgess. Así sucesivamente, hasta que yo oí lo relativo a la muerte de Orson. Eso estaba destinado a ti, pero la persona que puso el magnetófono en marcha desde el exterior, ignoraba que aquella noche te encontrabas en Boston. Tú no has adivinado nunca nada, Fox, excepto lo que oías sin saberlo durante las noches. Por eso no adivinaste lo del combate de boxeo. Aquello nadie te lo había dicho.

Dejó otra pequeña pausa, mientras las sombras en torno a ellos parecían hacerse más espesas, más obsesionantes.

—¿Pero qué podía conseguir mi madre con ello? —susurró Fox.

—En parte vengarse de la muerte que presentía. Y también para darte a ti fama de adivino y convertirme en millonario. Esperaba que tú explotaras aquellos conocimientos, que te hicieras famoso. Pero tú, indeciso y tímido como siempre, no lo hiciste. Lo que ella había ideado no sirvió de nada.

La voz temblorosa de Fox preguntó luego:

—¿Y quién era la persona que ponía en funcionamiento el magnetófono en fechas determinadas? ¿Quién cometió los crímenes según aquellas instrucciones?

Se notaba en la voz de Fox que temía las palabras de Nat, que no hubiera deseado oír su respuesta.

Pero Nat musitó:

—Tú sabes bien quién es. Le ayudaste aquella noche en el “Metropolitan”, entrando en el almacén de los vestuarios y sustituyéndolo. Incluso aceptaste la pistola, para comprometerte tú solo. Y por eso no has hablado. Por eso hubieras ido incluso a la muerte. Tú siempre has reverenciado a tu hermano Robinson.

Se oyó un gemido.

A la luz incierta de la luna, Nat veía las mejillas de Fox, surcadas por las lágrimas. El hombrecillo estaba tembloroso, estaba hundido del todo. Su voz fue un gemido cuando prometió:

—Está bien, lo confesaré todo, todo...

Y fue a abrir la boca de nuevo.

Pero en ese momento sonó un disparo y Fox se estremeció violentamente, alcanzado por la bala.

* * *

Diríase que Nat esperaba aquello, aunque en las últimas fracciones de segundo se había distraído un poco, absorta su atención en las palabras de Fox. Reaccionó sin embargo con una rapidez fulminante.

La pistola pareció brotar de los dedos de su derecha. Tiró dos veces hacia las sombras, hacia el lugar de donde acababa de brotar el fogonazo. Supo que no había hecho blanco y saltó de costado. Una segunda bala se clavó en la pared, muy cerca de donde él había estado hasta unos segundos antes.

El fogonazo fue muy claro esta vez.

Nat tiró fríamente, certeramente, mientras Fox lanzaba un gemido. Oyó el choque sordo de un cuerpo al caer a tierra. Los rayos de luna lo iluminaron débilmente. Nat tuvo que tirar otra vez, adelantándose al último y desesperado esfuerzo de su enemigo por apretar el gatillo.

Este quedó inmóvil. Nat, jadeando, como si hubiera de hacer un esfuerzo terrible, se acercó al caído. Le volvió la cabeza. Era Robinson, el hermano de Fox, aquel cuyo retrato había visto en el apartamento. El rostro fugaz que creyó reconocer en el “Metropolitan Opera House”.

Pesadamente, Nat se acercó a la furgoneta, abriéndola con la llave que no había abandonado.

Howard fue a decir algo también relativo a la madre de Nat, pero se calló al ver el rostro de su compañero. Calló al darse cuenta de que, después de los disparos, algo extraordinario había sucedido.

—Tenía que dar una oportunidad al asesino —susurró Nat—. No sé si sabréis comprenderme. Sabía que él nos seguiría, que de no obrar como lo he hecho hubiéramos terminado enviando a la silla eléctrica a un inocente. Ahora debemos correr. Fox se está desangrando.

Nunca Nat había visto a sus compañeros moverse tan aprisa, una vez los desató. Y jamás habían corrido tanto con el coche policial por las húmedas calzadas de Nueva York, llevando un herido, un cadáver... y la solución a un misterio que, unas horas antes, el propio Nat veía como inexplicable.

Cuando estaban en el quirófano, cuando Fox se disponía a ser operado de una herida que pudo ser mortal, pero que afortunadamente pudo ser atendida a tiempo, el hombrecillo susurró:

—Creo que esta vez voy a adivinar una cosa por mí mismo, Nat.

—¿Cuál?

—Usted no tiene ganas de seguir siendo un solitario. Usted se casará con una muchacha que también maldice su propia soledad. Con aquella periodista que me presentó la otra noche.

Nat susurró:

—Diana, amigo. Has dado en el blanco.

Y permaneció en el quirófano hasta que los técnicos vinieron a decirle que, efectivamente, habían encontrado el magnetófono y las conexiones eléctricas muy bien ocultos en el dormitorio de Fox. Sabido esto, Nat suspiró con cansancio.

Cuando salió del hospital, empezaba a amanecer. Lloviznaba ligeramente, y las aceras estaban resbaladizas.

Nat se pegó un trompazo impresionante, al quedar sentado en el suelo después de resbalar y no poder guardar el equilibrio con su brazo izquierdo en cabestrillo.

Cuando se puso en pie, lamentó que Fox no hubiera adivinado también aquello.

Eso de que solo le diera los resultados de carreras en las que él

no pensaba apostar, era un asco.

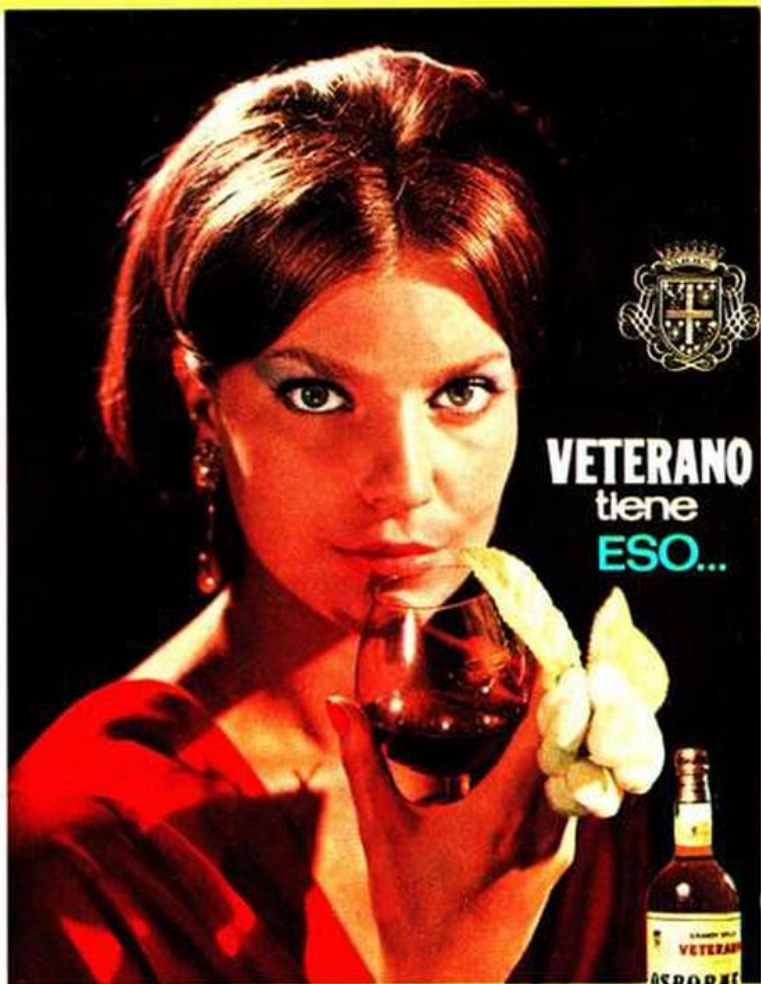
FIN



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

OSBORNE

un **VETERANO** SABOR!...



OSBORNE Fundada en 1772